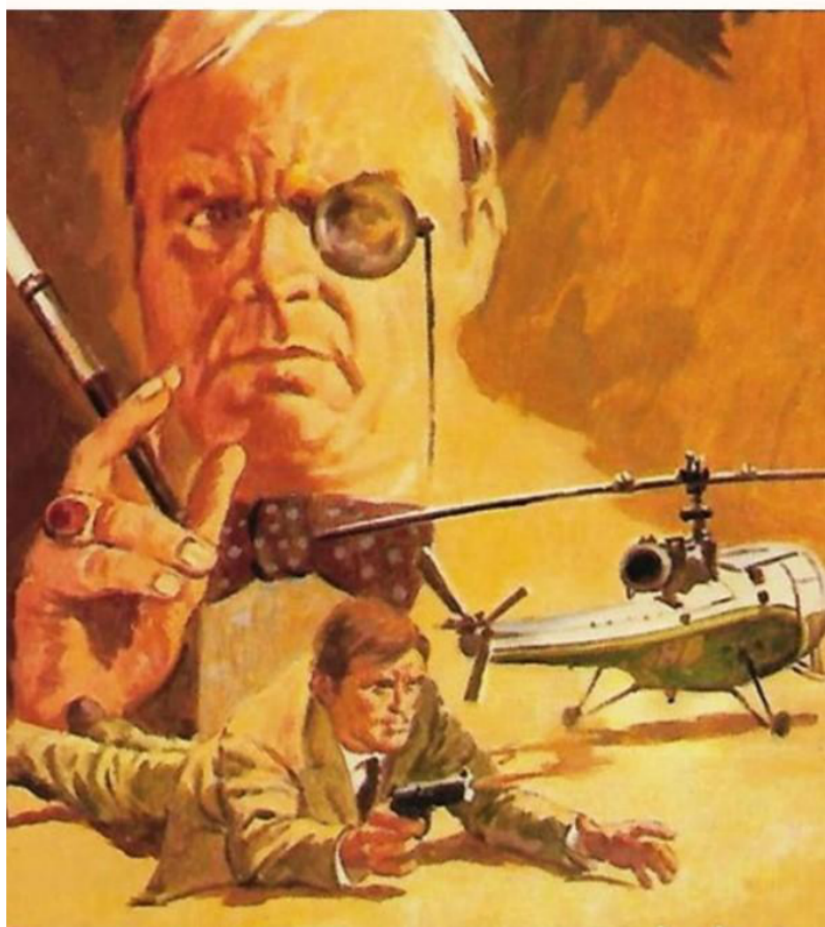


BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

EL HOMBRE DEL MONOCULO NEGRO

Clark Carrados





PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

EL HOMBRE DEL MONOCULO NEGRO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.014
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 23.806 - 1981

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: setiembre, 1981

© Clark Carrados - 1981

texto

©

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) - Barcelona - 1981

CAPÍTULO PRIMERO

La chica se sentía cada vez más nerviosa. Había visto al individuo un par de veces durante el día y tenía la seguridad de que la perseguía.

El aspecto del sujeto no le agradaba en absoluto. Era un tipo altísimo, de más de metro noventa, ancho de hombros, indudablemente muy robusto y con los músculos bien cultivados. Seguramente, sabría toda clase de trucos para derrotar a una persona en una lucha cuerpo a cuerpo. Sin contar con su más que innegable afición a las armas de fuego.

Y, sin embargo, se dijo Sybil Glendale, habría podido parecer tan simpático... Pero aquel maldito monóculo negro lo echaba todo a perder y le daba un aspecto terriblemente siniestro, que ni siquiera la sonrisa que había esbozado al cruzarse con ella lograba disipar.

Un monóculo negro, pensó por enésima vez. Nunca había visto nada semejante. ¿Por qué no habría de usar un parche, como todo el mundo?

—Bueno —se corrigió—, como todas las personas que carecen de visión en un ojo o les falta éste.

Había ido al hospital a hacer una visita y ahora estaba realizando unas compras. Luego se volvería a su casa, situada a unas cuantas millas de la población. Lo único que lamentaba era seguir utilizando su viejo *jeep*. El coche estaba ya muy cascado y en cualquier momento se convertiría en un montón de chatarra. El último modelo «todo terreno» que había visto, le robó el corazón, pero, al pensar en la exigüidad de su cuenta corriente, Sybil desistió de la idea de dar una cantidad a cuenta, como pago del primer plazo. Tendría que seguir con el coche viejo hasta que...

El hombre del monóculo negro salió de pronto a su paso, obligándola a detenerse.

—Señorita...

Sybil se enfureció.

—¿Otra vez usted, so pelmazo?

—Perdone, señorita —dijo el sujeto—. Necesito hablar con usted.

—Y yo no quiero hablar con usted ni con ninguno de los de su ralea. Así que déjeme en paz o llamaré a la Policía.

—Pero, señorita, por lo que más quiera, escúcheme.

Un coche blanco y negro se detuvo silenciosamente junto a la acera y el conductor asomó la cabeza por el hueco de la ventanilla.

—Hola, Sybil. ¿Necesitas algo? —preguntó el sargento Morgan.

Ella, furiosa, señaló al hombre que tenía frente a sí.

—Desde luego, Shewin —contestó—. Haz el favor de decir a este repulsivo sujeto que deje de molestarme de una vez por todas. Dile también que no tengo la menor intención de acceder a sus peticiones, ni ahora, ni nunca. ¿Lo has entendido?

El sargento Shewin Morgan se apeó. Era un hombre relativamente bajo, pero capaz de enfrentarse con los criminales más curtidos, sin mover un músculo de su rostro.

—Amiguito, será mejor que circule y se olvide para siempre de esta linda señorita o conocerá las delicias de la cárcel de esta ciudad —exclamó sin alzar apenas la voz.

—Pero... si yo sólo quiero hablar con ella —contestó el hombre del monóculo negro.

—Y yo no quiero hablar con él, ni con ninguna de las gentes a las cuales representa —gritó Sybil furiosamente—. Váyase, váyase de una vez —añadió, a punto de perder los estribos.

El tuerto levantó las manos, en ademán apaciguador.

—Está bien, está bien, ya me iba. Pero que conste que...

—¡Largo! —dijo el policía.

El hombre del monóculo negro dio media vuelta. Morgan se encaró a continuación con la muchacha.

—Ya estás libre —sonrió—. A propósito, ¿cómo está el viejo?

—Bueno, teniendo en cuenta sus tres cuartos de siglo, mejor de lo que podía esperarse, después de que le hicieron el ojal en el brazo izquierdo. Pero se consume en el hospital. —Déjalo que termine de curarse, muchacha. ¿Algún problema más?

Sybil suspiró.

—El mismo de siempre, aunque, a veces, intentan disfrazarlo, enviando a un sabueso desconocido —repuso.

—Corky Dillman es un tipo muy tenaz y demasiado hábil para dejarse pillar con las manos en la masa —dijo Morgan—. Bueno, intentaré averiguar quién es ese tuerto y, si puedo, lo echaré de la ciudad. ¿Algo más, Sybil?

—No, gracias, Shewin. ¿Cómo está Jane?

Morgan sonrió anchamente.

—Ayer le dijo el médico que ya podía preparar las ropitas para el número seis —contestó.

—¡Vaya! —rió la chica—. Shewin, ¿es que son muy malos los programas de televisión?

El sargento se echó a reír.

—Para mí, Jane es la estrella número uno —dijo—. Dispensa, tengo trabajo.

Sybil meneó la cabeza y continuó su camino, hasta alcanzar el viejo *jeep* que había dejado estacionado junto a una acera. Dejó los paquetes, subió al coche, dio el contacto y arrancó.

Detrás de ella, se puso en movimiento otro automóvil, exactamente de la clase que tanto había atraído a la chica y tan nuevo como el que había visto en la exposición de la tienda de venta de coches. El hombre que lo conducía tenía un monóculo negro.

Le faltaban un par de millas para llegar a su casa cuando, de pronto, creyó oír un distante estampido. Sin embargo, no habría podido asegurarlo, preocupada como estaba por los graves problemas con los que tenía que enfrentarse y cuya solución estimaba difícilísima, porque se resistía a emplear la palabra imposible.

El camino, de tierra, ascendía en amplias curvas hacia las peladas colinas que había más allá del río. Sybil atravesó un angosto paso y luego se encontró en una especie de vaguada, de suaves laderas, al fondo de la cual se divisaban un par de edificios de madera y algunas instalaciones mineras.

La casa donde vivía era de madera, con un pequeño porche. Un poco más allá, se veía la bomba del agua, movida por un generador, y el depósito, con capacidad para diez mil litros, sostenido por una

estructura de madera. La otra casa servía para guardar herramientas e instrumentos.

Frente a la casa, a unos cien metros de distancia, se divisaba la entrada a una mina. En aquel punto, la pared de la loma caía a pico desde unos doce o quince metros de altura, en una longitud de casi trescientos metros, mostrando con toda claridad los diferentes estratos geológicos. Al pie de la falla y a unos treinta metros de la entrada a la mina, había algo en el suelo.

Sybil tardó un buen rato en reparar en aquel bulto. Incluso hizo un par de viajes a la casa, llevando los paquetes de la compra. De pronto, al salir por segunda vez, se estremeció.

—Dios mío, no...

Temblando, no de miedo, pero sí de nerviosismo, corrió hacia el pie del pequeño risco y contempló el cuerpo humano que yacía boca abajo, sobre un charco de sangre que había brotado de su pecho. Al lado vio una caja abierta y algunas herramientas para excavación.

Durante unos segundos, estuvo junto al cadáver, diciéndose que el estampido que había escuchado no era una ilusión de sus sentidos. Luego, decidiéndose, volvió hacia la casa.

Cuando estaba a punto de llegar, oyó el ruido del motor de un coche que asomaba por el pequeño desfiladero. Sybil lo estudió unos instantes, apretó los labios, entró en la casa y descolgó el rifle que había junto a la puerta.

El coche se acercó rápidamente. Cuando estaba a unos cincuenta metros, Sybil hizo el primer disparo de aviso. El automóvil, sin embargo, no se detuvo inmediatamente, sino que siguió rodando todavía un poco. Luego, su conductor se apeó y ella volvió a disparar por encima de su cabeza.

—¡No siga! —gritó—. La próxima bala irá directamente a su cuerpo.

De pronto, asombrada, reconoció al individuo.

—¡Usted otra vez! —gritó, llena de furor.

—Sí —contestó él—. Y ahora, le guste o no, va a tener que escucharme... o me lo impedirá con un balazo en la cabeza.

El tuerto avanzó resueltamente hacia ella y dejó que su pecho tocara el cañón del rifle. —Señorita Glendale, le juro que no trato de hacerle el menor daño, ni pertenezco a ninguna banda de

criminales— dijo. —Puedo demostrar mi personalidad satisfactoriamente, cuando me deje enseñarle mi documentación. Entonces, se enterará de que soy el profesor Kewton Nash Flllmore, de la Universidad de Carolina del Sur.

Ella abrió la boca, estupefacta. El joven, porque no parecía tener mucho más de treinta años, parecía sincero.

—Entonces... ¿no es uno de los tipos de Corky Dlllman?

—Jamás he oído hablar de ese hombre, señorita. Lo único que pretendo es...

—No siga —cortó ella—. Han asesinado a un Individuo. Está allí.

Flllmore volvió la cabeza. Vio el cuerpo tendido sobre la tierra y dio un respingo.

—¿Quién es? —preguntó.

—No lo sé. Jamás lo he visto en los días de mí vida. Pero puedo apostar a que ha sido cosa de los esbirros de Dlllman.

—¿Dillman? ¿Qué relación tiene con este asunto?

—Simplemente, quiere echarme de nuestras tierras, porque no se las vendemos.

—Ah...

Flllmore echó a andar hacia el otro lado de la vaguada. Sybll, tras un momento de vacilación, desamartilló el rifle, y aunque no lo guardó, le siguió con paso rápido.

Casi tuvo que correr. Flllmore daba unas zancadas Increíblemente largas. Pese a su disgusto, Sibyl reconoció que el profesor parecía un hombre de enorme vitalidad.

Flllmore llegó junto al cadáver, se arrodilló, le volvió un poco y, de súbito, lanzó una fuerte exclamación.

—¡Portodos los...! ¡No lo puedo creer!

—¿Lo conocía usted? —preguntó ella.

Flllmore la miró con su único ojo sano.

—Era el profesor Wallenshoff, jefe de mí departamento en la Universidad —contestó—. Pero ¿qué podía hacer un hombre como él en estas tierras? —se extrañó la chica.

—Se lo explicaré en otro momento —respondió él—. Ahora, lo interesante sería avisara la policía. ¿Tiene radio en la casa?

—Sí, desde luego.

—Muy bien, usted parece amiga de la gente del orden. Llame y

dígales que el profesor Wallenshoff ha sido asesinado. ¡Dios, la que se va a armar cuando se conozca la noticia! —¿Era un hombre importante, profesor?

—En su especialidad, casi único en el mundo, señorita Glendale. Olga —exclamó él de pronto—, ¿no tiene perro que cuide de la propiedad?

—Nos lo envenenaron —repuso ella tristemente.

—Gente desalmada —gruñó Fillmore—. Bien, vamos a llamar a la Policía. Y no tema por mí, no voy a quitarle su mina de oro.

—De modo que lo sabe.

—Sí, y también puedo asegurarle que no encontrarán oro para hacerse un anillo de boda. Pero en estas tierras hay algo infinitamente más valioso que el oro.

Sybil se sintió estupefacta al oír aquellas palabras.

—¿Más valioso que el oro? ¿Qué puede ser, a menos que se trate de uranio? Pero los detectores no señalan radiactividad en absoluto.

Fillmore señaló la casa.

—Use la radio. —Insistió.

Sybil obedeció. Cuando salló unos minutos más tarde, vio a Fillmore apoyado en uno de los postes que sostenían la marquesina, fumando su pipa con aire abstraído.

—Ya he avisado —dijo—. Vendrán enseguida y me han recomendado que no toque nada.

Fillmore asintió.

—Pobre hombre... Pensar que él fue quien me llamó, para que ocupara su puesto... Al fin había conseguido el permiso del dueño de estos terrenos, pero no podía quedarse, porque tenía que salir para Europa, a fin de realizar un ciclo de conferencias.

—Bueno, pero ¿qué es lo que hay aquí? —preguntó Sybil, hirviendo tanto de impaciencia como de curiosidad.

—¡Huesos! —contestó Fillmore, muy serio.

CAPÍTULO II

El cadáver fue colocado en la ambulancia, que arrancó de Inmediato. Algunos hombres de uniforme buscaban huellas por las inmediaciones del lugar donde se había cometido el crimen. FMIImore continuaba en la baranda.

SyblI salló de la casa y le entregó una lata de cerveza ya abierta.

—A estas horas, agrada, profesor —dijo.

Flllmore agradeció el gesto. Sí, en aquellos parajes, a mediodía, reinaba una temperatura Insoportable. El sol parecía derramar ríos de plomo fundido sobre la tierra. Se preguntó cómo era posible que nadie pudiera vivir en un lugar tan árido, sin el menor rastro de vegetación, salvo algunas plantas que se aferraban desesperadamente al suelo.

SyblI se sentó en el escalón de la baranda.

—De modo que huesos —dijo.

—Sí, de animales que vivieron, por lo menos, hace setenta millones de arios.

—¡Jesús! —Se espantó la chica—. ¿Tanto?

—Algunos, casi el doble. —Fillmore señaló el risco—. Es una falla de apariencia inconfundible. Donde hay una cortadura así, siempre se encuentran restos de grandes dinosaurios.

—Los monstruos prehistóricos.

—Dinosaurio, en griego, significa lagarto grande, y se aplica a todos aquellos animales que vivieron en aquella época: diplodoco, tricerátops, titanoterio, plesiosaurio... Más tarde, vinieron el mastodonte y el mamuth... pero desde aquí estoy viendo un relieve en el risco que, apuesto doble contra sencillo, nos permitirá encontrar un colmillo de mamuth.

—¿Y eso vale más que el oro? —dijo ella con escepticismo.

—Para la ciencia, sí.

—Pero no para nosotros.

—La universidad les pagará una buena suma, por el derecho de efectuar excavaciones —aseguró Fillmore—. Más los posibles desperfectos en sus instalaciones y, por supuesto, si se llegase a encontrar oro, cosa que dudo, no les disputaríamos un solo gramo del hallazgo.

—Eso parece razonable —murmuró Sybil—. Pero, oiga, antes ha dicho que tenían permiso del dueño... Yo no sé nada sobre el particular, profesor.

—Fue Mackay Glendale el que dio el permiso. Pariente suyo, creo.

—Mi abuelo y mi única familia. Pero el viejo bribón no me dijo nada... Claro que tiene un remo roto y está en el hospital.

El sargento Morgan se acercó en aquel momento. Fillmore y la chica salieron a su encuentro.

—Hemos encontrado algunas huellas y trataremos de estudiarlas en el laboratorio —dijo—. De todos modos, el caso pasa a la jurisdicción del jefe de Homicidios.

—El teniente Mervin.

—Sí, el mismo. —Morgan fijó la vista en el hombre del monóculo negro—. Así que ha resultado ser profesor universitario —agregó.

—Paleontología —contestó el joven.

—Paleo... ¿qué...?

—Estudio de los animales prehistóricos, sargento.

—Ah... Bueno, Sybil, nosotros nos marchamos. Si necesitas algo, no tienes más que decirlo...

—Gracias, Shewin —contestó ella.

Un policía llegó y se apoyó en el *jeep* con una mano, para inclinarse hacia una de sus botas. En el mismo instante, se oyó un crujido.

La rueda delantera izquierda se desprendió y el coche empezó a ladearse. Un segundo después, falló la otra rueda y el morro del *jeep* se apoyó en la tierra con gran estrépito.

—¡Oh, no, ahora no! —gimió Sybil—. Estabas viejo, maldito seas, pero podías haber esperado unos días más.

El policía se sentía verdaderamente confundido.

—Señorita, yo no... Jamás imaginé...

Morgan contemplaba las ruinas del coche con ojos críticos.

—Sybil, esto no me gusta —dijo—. Enviaré el jefe de mecánicos. Sospecho que alguien te hizo trampa, aunque, por fortuna para ti, el *jeep* resistió lo suficiente para traerte hasta aquí.

—¿Sabotaje, sargento? —intervino Fillmore.

—Seguro. De todos modos, ese viejo *jeep* está ya para la chatarra. Veré a ver si te consigo uno prestado en la ciudad, Sybil.

—No será necesario, sargento —dijo el joven—. Yo le prestaré el mío con muchísimo gusto. —Se volvió hacia Sybil—. Puede usarlo todo el tiempo que desee, sin limitación alguna. Es mío particular, no de la Universidad. El coche de la Universidad está al otro lado; es el que utilizaba Wallenshoff, y lo había dejado a la sombra del cobertizo.

Morgan se llevó una mano al sombrero de ala ancha.

—Adiós, Sybil. Profesor... Vámonos, muchachos.

Los policías se marcharon. Volvió el silencio. Fillmore empezó a cargar su pipa.

—Esto es el fin —dijo ella desanimadamente—. Tendremos que vender.

—No lo haga todavía —aconsejó él—. Resistan. A la Universidad no le gustaría que las máquinas destrozasen estas tierras. Si es que lo que me ha contado usted es cierto.

—¿Por qué no iba a serlo? ¿Qué otra cosa puede pretender Dillman, sino especular con estas tierras y sacar diez dólares por cada uno invertido?

Fillmore meneó la cabeza.

—Sin agua, no sirven para nada —alegó.

—Lo sé, y aunque me imagino por qué las quiere Dillman, no acabó de entender sus proyectos. De todas formas, ahora tenemos el apoyo de su Universidad y eso vale algo.

—Más de lo que se piensa, muchacha. Bien, he de volver a la ciudad, para enviar unos cuantos telegramas, hacer varias llamadas telefónicas... y preparar todo para empezar a trabajar de inmediato. ¿Le importa que venga mañana?

Sybil esbozó una sonrisa.

—Está usted en su casa, profesor —contestó.

Fillmore se marchó. Al cabo de un rato, Sybil se dijo que había olvidado preguntarle algo. ¿Por qué, un hombre tan atractivo, tenía que llevar monóculo negro?

Salió de la ducha, se secó y friccionó vigorosamente con agua de colonia, y luego se puso una bata de felpa, corta, de largas y amplias mangas. A continuación, se preparó una buena dosis de *whisky*, con un par de cubitos de hielo.

Cuando tomaba el primer sorbo, llamaron a la puerta.

Flllmore cruzó la sala y abrió. Dos hombres le contemplaron desde el umbral.

—¿Profesor Flllmore? —dijo uno de ellos.

—Sí, yo soy.

—Me llamo Mitto Rogan. Él es Floyd Tower. ¿Podemos hablar con usted?

—Claro, claro —accedió el joven benignamente, a la vez que se echaba a un lado—. ¿Quieren tomar algo, caballeros?

—No, muchas gracias.

Rogan era un sujeto bajito, medio calvo, con lentes de cerco de oro. Aunque sus ropas eran actuales, parecía un contable de principios de siglo. Sólo le faltaban los manguitos negros y la visera de celuloide verde, pensó Flllmore.

El otro era tan alto como él, muy ancho de hombros y con manos como palas, aunque con un cráneo ridículamente pequeño y casi sin cuello. La cabeza de Tower pertenecía, se dijo el joven, a un hombre con veinticinco centímetros menos de estatura.

—¿Y bien? —dijo al cabo de unos segundos.

Con gran solemnidad, Rogan extrajo un sobre del bolsillo y lo puso en las manos del joven.

—Para usted, profesor.

—¿Qué es esto? —preguntó Flllmore, extrañado.

—Veinticinco mil dólares.

—¡Caramba, da gusto venir a esta ciudad! La gente le regala a uno el dinero como si fuesen vasos de agua —sonrió el joven—. Y, ¿puedo preguntarles, caballeros, qué he hecho yo para merecer tan gran atención?

—Sólo una cosa, profesor. Tome mañana el primer avión y váyase una temporada a las Bermudas. O si lo prefiere, a las Islas Hawaii. Puede pasarse allí dos meses a todo lujo; será suficiente para nosotros. Luego, cuando regrese, podrá continuar con sus excavaciones en busca de restos arqueológicos romanos.

Flllmore ocultó una sonrisa.

—Sí, es una profesión muy atractiva la de buscar ruinas de la época romana —contestó.

—Eso es lo que yo había pensado —convino Rogan—. Bien, profesor, ya hemos hablado todo. Espero que mañana salga de viaje.

—Un momento —cortó Fillmore—. Aún no hemos terminado de hablar.

Rogan le miró críticamente.

—¿Le parece poco dinero?

—Es muchísimo dinero. Sólo que no lo quiero.

El sobre fue a parar de nuevo a las manos de su dueño. Los ojos de Rogan emitieron un brillo maligno detrás de los cristales de sus lentes.

—Profesor —dijo lentamente—, temo que no ha pensado bien en esa respuesta.

—No necesito pensarlo un segundo más —respondió Fillmore—. Por favor, váyanse. —Podemos hacerle cambiar de opinión.

—¿De veras?

Tower se inclinó hacia Rogan y le dijo algo al oído. El hombrecillo asintió y luego sonrió divertidamente.

—Sí, podría resultar, Floyd. Adelante, ciérrale el otro ojo.

Tower inspiró con fuerza. Luego, de pronto, disparó el puño derecho.

Dos manos se alzaron bruscamente y se cerraron como las mandíbulas de una mordaza de acero, sobre el puño del sujeto. Fillmore hizo presión unos instantes y luego ejecutó una brusca torsión hacia su derecha.

Se oyó un tétrico chasquido de huesos. Tower lanzó un aullido de dolor y cayó de rodillas. Fillmore se separó un paso y miró al otro.

—No me gusta que me hagan viajar adonde no quiero ir —dijo.

Rogan tragó saliva.

—Temo... profesor, que ha cometido un grave error.

—Si no sale de aquí antes de un minuto, haré con su pescuezo lo mismo que he hecho con el brazo de este animal —contestó abruptamente.

—Está bien, lo tendremos en cuenta —respondió Rogan—. Floyd, vamos.

Tower se levantó, con la mano derecha en el sobaco y la cara

deformada por el dolor.

—Cuando me cure... —amenazó, torvo.

—Cuando se cure, venga a verme. Repetiré la jugada con gran satisfacción.

Los dos hombres se marcharon. Disgustado, Fillmore buscó su vaso, pero el hielo se había fundido ya y tuvo que vaciarlo, para servirse una nueva ración. Mientras, se preguntaba qué podía haber de interés en las tierras de los Glendale.

Se había cometido un asesinato y a él habían intentado sobornarle. ¿Valía la pena un esfuerzo semejante por conseguir aquel erial?

Tendría que averiguarlo, decidió finalmente. Y, seguramente, se enfrentaría con más de un conflicto. Pero no pensaba desistir. Seguiría adelante, hasta el final.

—Por nada del mundo dejaría de excavar en un lugar tan rico en restos de animales prehistóricos —gruñó.

Luego se acordó de cierta frase pronunciada por Rogan y se echó a reír.

—Mira que creer que aquí, en Arizona, hay restos romanos.

CAPÍTULO III

Al otro día le fue imposible acudir al lugar de las excavaciones, debido a que tuvo que atender varias llamadas telefónicas, de larga distancia, aparte de sostener entrevistas con un par de periodistas. Envío también media docena de telegramas y acudió a la Jefatura de Policía para declarar sobre el asesinato.

Cuando terminó, al fin, era casi de noche. Decidió buscar un buen restaurante. Luego se iría a dormir, porque al día siguiente pensaba madrugar.

Al salir del restaurante, relativamente próximo al hotel, emprendió el camino de regreso. Súbitamente, un individuo le cerró el paso, surgiendo de un callejón próximo.

—No siga, profe.

Fillmore bajó la vista y contempló el brillante metal de la pistola que se apoyaba contra su estómago.

—¿Secuestro?

—Tómelo como guste —respondió el desconocido—. Lo único que tiene que hacer es caminar hacia ese callejón. Yo iré detrás de usted, y le advierto que el dedo me tiembla mucho cuando me pongo nervioso.

—Horrible —comentó el joven sin inmutarse.

—Al otro lado, nos espera un coche. Viajaremos un ratito. Luego... Bueno, ya lo sabrá cuando hayamos llegado.

—Está bien. Si no hay otro remedio...

—No, no lo hay.

De pronto, un coche frenó silenciosamente y se detuvo junto a la acera. Fillmore vio una mano que asomaba, armada con una pistola terminada en un tubo grande y oscuro.

—Amigo, mire a su izquierda.

El hombre del coche disparó una vez y el secuestrador dio un salto. Fillmore se tiró al suelo, mientras escuchaba unos cuantos

estampidos.

Era el secuestrador, que se defendía a tiro limpio. El hombre del coche se derrumbó bruscamente hacia adentro. El secuestrador cayó de cara al suelo.

El automóvil arrancó a toda velocidad. Fillmore se puso a gatas y contempló el cuerpo tendido en el suelo, del que brotaban regueros de sangre, que iban a parar a la calzada. Un coche de policía llegó casi en el acto, con gran centelleo de luces y estridor de sirena. Sus ocupantes se apearon en el acto, pistola en mano.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó uno de los policías.

Fillmore estaba limpiándose el polvo de la ropa.

—No lo sé —contestó—. Oí unos disparos y vi a ese tipo —señaló al caído—, tiroteándose con otros que iban en un coche que se dio a la fuga. Me tiré al suelo y ya no vi más.

Por propia conveniencia, no quiso mencionar el intento de secuestro.

«¿Qué voy a sacar con ello?», pensó.

—Está bien —contestó el policía—. ¿Quiere darnos su nombre y dirección, por favor? Fillmore suspiró. No le gustaba, pero no podía desatender un requerimiento perfectamente legal.

—Desde luego —accedió.

Pero la agitación de la noche no había terminado aún para él.

Las luces del hotel estaban ya a la vista, cuando captó una escena que se producía a pocos pasos de distancia y en un lugar escasamente iluminado.

Dos personas forcejeaban por la posesión de algo. Una de ellas, de súbito, lanzó una sonora interjección:

—¡Deja mi bolso, maldito hijo de perra!

El hombre no contestó. No parecía ser mucho más fuerte que la mujer a la que intentaba desvalijar. Fillmore dio dos zancadas, se acercó al sujeto y, agarrándolo por la cintura con ambas manos, lo levantó más de un metro de altura.

Luego giró en redondo. El sujeto era un tipo esmirriado, canijo; seguramente, poco desarrollado por las malas condiciones de vida o tal vez adicto a las drogas. Fillmore lo lanzó a diez metros de distancia con toda facilidad. El sujeto cayó, resbaló un poco, se puso en pie y echó a correr, lleno de pánico.

Ella le miró son asombro.

—¡Dios, qué Hércules! —exclamó.

—¿Le han hecho daño, señora?

—Soy bastante avispada y ese estúpido se puso a seguirme de un modo que no podía por menos de darme cuenta de lo que quería. Por eso no consiguió arrancarme el bolso.

—No sabe cuánto lo celebro —sonrió Fillmore.

—Aún no he salido de mí asombro —confesó la mujer—. Si le viese Corky Dillman, le contrataría inmediatamente.

Fillmore hizo un gesto de sorpresa.

—¿Ha dicho Dillman?

—Sí, el mismo. ¿Por qué se extraña?

El joven se dijo en el acto que le convendría obtener información sobre tal Dillman, procedente de una persona que tuviera un punto de vista diferente al de los Glendale. Había sido un encuentro providencial.

—Me gustaría invitarle a una copa, señora... si no tiene otro compromiso.

Ella soltó una risita.

—Ninguno, buen mozo, pero mi apartamento está más cerca. ¿Quiere acompañarme? —Con muchísimo gusto. Me llamo Kewton Fillmore.

—Yo soy Clemmie Donihan. Llámame Clemmie.

—Y tú a mí, Kewtie, como hacen los buenos amigos.

Pasaron por delante de un lugar iluminado y Fillmore pudo apreciar que Clemmie era una mujer de unos treinta años, cuerpo exuberante y rostro malicioso. Tal vez una profesional, pensó, pero valía la pena gastarse unos dólares.

Minutos después, entraban en el apartamento de Clemmie, de mejor apariencia de lo que él había sospechado. Ella le señaló un aparador.

—Pon algo de beber. Voy a retocarme un poco, Kewtie.

—Muy bien.

Clemmie volvió minutos después. Se había soltado el pelo, abundante y muy rubio, y vestía una bata corta, transparente, que permitía ver las prendas menores que había debajo, en color negro. Sonrió al tomar la copa que le entregaba su invitado.

—Kewtie, antes de seguir adelante, quiero decirte una cosa.

—Soy todo oídos —contestó él.

—En primer lugar, debo decirte que no soy lo que piensas. Oh, no te lo reprocho, no eres el primero. Aunque tampoco soy una santa; cuando un hombre me gusta... bueno, de cuando en cuando hay que darle un poco de diversión al cuerpo, ¿no te parece? —Clemmie, admiro tu sinceridad— dijo Fillmore. —Pero no era necesario.

—Aguarda un poco —rogó ella—. Tengo un buen trabajo y gano bastante dinero. Soy jefa de camareras de un importante restaurante rápido. Hasta tengo una pequeña participación en el negocio. Pero ganaríamos más si no fuese por ese maldito Dillman. Fillmore se sentó en un butacón y cruzó las piernas.

—Háblame de Dillman —rogó.

—Bueno, ¿qué puedo decirte? Es el propietario de la Compañía de inversiones Dillman, negocio perfectamente legal, pero tiene otros que no lo son en absoluto. Su compañía de seguridad, por ejemplo. Es «protección», simplemente. Cobra unas cuotas muy elevadas, pero el que no acepta una póliza, aparentemente legal, se arruina.

—Entiendo. ¿Algo más?

—Sí, una «cuadra» de boxeadores y sus secuaces manipulan los combates que es un contento. Aparte de eso, un par de locales nocturnos, que no son sino prostíbulos de lujo... y varias cosas menores más, que no vale la pena mencionar.

—Esa Compañía de Inversiones, ¿funciona también para la compra de tierras?

—Claro. Y ha vendido terrenos que han resultado después tan estériles como una calle asfaltada. Es un buitre con dos patas, te lo aseguro.

—Bueno —sonrió Fillmore—, de todas formas, no soy boxeador profesional. Simplemente, tengo un poco de fuerza y hago ejercicios con regularidad. Además, aquel tipo era un alfeñique.

Clemmie le contempló con admiración.

—Le pusiste los pelos de punta —dijo.

—Me alegro mucho de haberte librado de un apuro.

Fillmore se puso en pie. Clemmie puso cara de decepción.

—¿Te marchas?

—Ya me he tomado una copa.

—Pensé que no tendrías prisa.

—¿Quieres que me quede?

Ella sonrió de una forma muy especial.

—Kewtie, dime, si no te ofende... ¿qué te pasa en el ojo?

—Tengo un pequeño defecto. No puedo soportar la luz muy intensa.

—Y prefieres el monóculo.

—Me repugna llevar gafas con cristales de distinto color. El monóculo es más distinguido, me parece.

Clemmie hizo un movimiento con el índice.

—Ven —dijo.

Fillmore la siguió hasta el dormitorio. Ella dejó la estancia sumida en la penumbra. Luego se abrió la bata.

—Puedes quitarte el monóculo —invitó.

—Y algo más —sonrió Fillmore.

—Todo lo que llevas puesto.

Sybil oyó el ruido del motor y salió a la puerta de la cabaña. Reconoció al recién llegado y dejó el rifle.

—¡Buenos días, profesor! —saludó amablemente.

—¿Qué tal, señorita Glendale?

Fillmore se apeó del coche. Sonrió al contemplar a la chica, que vestía camisa a cuadros, remangada hasta más arriba del codo, y pantalones vaqueros. El pelo, rojizo oscuro, estaba atado con una cinta negra, rematada en un lazo situado en la nuca. Sybil rebosaba juventud y frescura, pensó.

—Pensé que vendría ayer, como dijo —manifestó ella.

—Tuve trabajo. Me fue materialmente imposible —se disculpó Fillmore—. ¿Todo bien por aquí?

Sybil suspiró.

—Por ahora, los hombres de Dillman no han dado señales de vida —respondió.

—He traído provisiones en el coche, además de las herramientas. Permaneceré aquí, con su permiso, durante las horas de luz. Por la noche, volveré a la ciudad.

—Muy bien, pero no era necesario que trajese comida.

—Paga la Universidad —dijo Fillmore riendo.

—Deben de ser muy generosos —apuntó Sybil.

—No puedo quejarme. Después de lo ocurrido, me han pedido que me hiciera cargo de los trabajos del profesor Wallenshoff. Con

su permiso, naturalmente.

Ella hizo un amplio ademán con el brazo.

—Está usted en su terreno prehistórico —contestó.

—Gracias.

Fillmore se dispuso a descargar algunas de las cosas que llevaba en el vehículo. De pronto, pareció recordar algo.

—¿Conoce usted las últimas noticias? —preguntó.

—No tengo televisión y apenas escucho la radio —declaró la chica—. En cuanto a periódicos...

—Aquí he traído yo los de la mañana. Le recomiendo los lea. Luego comentaremos lo sucedido.

—Muy bien.

Intrigada, Sybil tomó los diarios, y empezó a leer, mientras él descargaba. Cuando terminó, Fillmore agarró una piqueta, una gran lámpara portátil y un saquete. Inmediatamente, cruzó la hondonada y se metió en la mina.

Una hora más tarde, salió fuera. Sybil le aguardaba a la sombra de un cobertizo situado a pocos pasos de la bocamina.

—Creí que iba a buscar restos de dinosaurio —dijo.

—También ahí adentro se encuentran cosas interesantes —respondió él, mientras se disponía a cargar su pipa—. Pero, además, he estado haciendo un pequeño examen geológico.

—¿Por qué? —se extrañó ella.

—No hay mucho oro, ¿verdad?

Sybil enrojeció.

—Apenas si da lo suficiente para vivir —admitió.

—Sin embargo, hay alguien que parece interesado en el yacimiento.

—Dillman, claro.

—¿Les ha hecho una oferta?

—Cincuenta mil en la primera ocasión; setenta y cinco mil en la segunda y cien mil en la tercera.

—Y ya no insistió, puesto que se negaron.

—En la cuarta ocasión, envenenaron al perro. Y, la quinta, y por ahora la última, un tiroteo que costó un balazo al abuelo.

—Es decir, no ha desistido.

—No lo creo. Pero el abuelo no quiere vender. Y yo, si él no estuviese, tampoco. ¿Quién sabe? Acaso un día encontremos la veta

madre.

—Pudiera ser, pero, en su lugar, yo me despediría de sueños dorados —dijo Fillmore con acento lleno de seguridad—. A propósito, ¿de dónde consiguen el agua aquí?

Sybil se volvió y señaló un punto situado a media ladera, a casi un cuarto de kilómetro de distancia.

—Allí hay un manantial, a ochenta metros de profundidad, pero es de un caudal muy escaso. El agua viene por una tubería, después de ser aflorada por una bomba y la eleva hasta ese depósito, que tiene diez metros cúbicos de capacidad. Pero cuando lo llenamos, la vena de agua se agota y es preciso aguardar a que vuelva a reponerse por si sola —explicó.

—Es una lástima —dijo Fillmore—. He estudiado el mapa de su propiedad en la oficina del catastro y sé que llega bastante más abajo del desfiladero que permite el acceso a esta hondonada.

—Oh, sí, desde luego. La propiedad alcanza hasta un par de kilómetros al otro lado del paso y tiene una anchura de casi cuatro. Pero son tierras baldías, desérticas; es preciso tener en cuenta que se encuentran a más de doscientos metros sobre el nivel del río y casi a nueve kilómetros de distancia.

—Sí, es un serio inconveniente —admitió él—. Bueno, volviendo al principio. ¿Ha leído los diarios?

—Hablan de un tiroteo, en el que murieron dos hampones. ¿Era ésa la noticia interesante?

—Garry Vardo fue el que quiso secuestrarme, no sé por qué, Sonny Coleman, cuyo cadáver fue abandonado luego por sus compinches, es el que mató al primero.

—No me diga que usted... —se asombró Sybil.

—Sí, estuve presente en el tiroteo, aunque luego no dije nada a la Policía, para no complicarme en el asunto. Pero eso me hace presentir que hay más gente interesada en comprar sus terrenos, un posible rival de Dillman.

—Hasta ahora, no hemos recibido otras ofertas.

Fillmore golpeó la cazoleta de la pipa contra una roca.

—Pues yo voy a averiguar qué pasa aquí, quién asesinó al profesor Wallenshoff y qué demonios quieren Dillman y sus competidores —dijo resueltamente—. Y todo ello, porque este lugar es uno de los yacimientos más ricos en restos de dinosaurios y

quiero trabajar en paz en algo que me gusta tanto.

Sonrió maliciosamente y añadió:

—Como el helado de fresa.

CAPÍTULO IV

Clemmie parpadeó de asombro al ver a su cliente encaramarse en el taburete. Fillmore pidió una hamburguesa y una cerveza y ella le sirvió rápida y eficientemente.

—No te esperaba —dijo ella.

—Tengo que hacerte algunas preguntas, si no te molesta.

—Claro que no. —Clemmie le guiñó un ojo—. ¿Cómo te encuentras?

—Soy un hombre educado. De lo contrario, me golpearía el pecho y lanzaría el grito de Tarzán.

Ella puso los ojos en blanco.

—Nadie con más merecimientos —suspiró—. Bien, Kewtie, suéltalo.

—¿Has leído la noticia de la muerte de Vardo?

—Sí. Un canalla menos.

—No le tenías simpatías, ¿eh?

—¿Se puede simpatizar con las serpientes de cascabel?

—Evidentemente, no. Pero era, como dicen los mexicanos, un «mandao». ¿Quién le mandaba, Clemmie?

—Evin Landshore. Es el dueño del Sex Castle, entre otras cosas.

—¿Rival de Dillman?

—¿Cómo lo has adivinado?

—Intuición —contestó Fillmore modestamente.

—Landshore tiene menos categoría que el otro. Pero su nivel de conciencia es muy similar.

—Eso lo describe bastante bien. Si voy a verle, ¿qué me hará?

Clemmie se encogió de hombros.

—No lo sé. Exteriormente, es muy amable... pero también un tigre es muy bonito cuando tiene la tripa llena y duerme.

Fillmore puso unas monedas sobre el mostrador.

—Otro día vendré a lanzar el grito de Tarzán —prometió.

—Y yo acudiré raudamente, saltando de liana en liana. — Clemmie le guiñó un ojo—. Suerte, Kewtie.

—Adiós preciosa.

La fachada del Sex Castle era la imitación de un castillo medieval, con un imponente portero, vestido con traje de la época y una fenomenal espada colgada del cinto. Era una apariencia muy distinta de la del interior, en donde las camareras iban todas en *top-less*

, con los senos desnudos aunque llevaban faldas largas, pero muy transparentes, y copetes cónicos, al estilo de los que utilizaban las damas nobles en la Edad Media.

En el escenario, un trío, compuesto por dos caballeros y una dama, se afanaban en una danza erótica, que no parecía impresionar demasiado a los espectadores. El local no estaba muy lleno y Fillmore pudo elegir una mesa a su gusto.

Una camarera se le acercó.

—*Whisky* —pidió él.

—Bien, señor.

La camarera volvió a los pocos momentos.

—Son seis dólares, señor. ¿No desea elegir un número? Sólo serían cincuenta dólares. Fillmore enarcó las cejas. La camarera le enseñaba una plaquita metálica, que pendía de su cintura y en la que se veía el número nueve.

—Perdone, pero no entiendo —dijo.

—Si le gusta mi número, serán cincuenta dólares y nos iremos ahora mismo. Pero puede agradecerle otro diferente y la que tiene ese número le acompañará a un lugar reservado, donde podrán tomar unas copas sin ser molestados.

—Oh, ya comprendo... Disculpe, pero no conozco los métodos de la casa. No, por ahora no deseo elegir ningún número. — Fillmore sacó disimuladamente tres billetes de diez dólares y los metió dentro del vestido, justo entre el ombligo y la cintura elástica de la falda—. Quiero hablar con el jefazo —declaró.

La camarera asintió.

—Lo intentaré —repuso.

Cinco minutos más tarde, volvió y señaló una puertecita situada en un ángulo de la sala:

—Por allí, señor —dijo.

—Gracias, número nueve.

Ella suspiró al verle ponerse en pie.

—Los cincuenta «pavos» daría yo por tenerte a solas media hora conmigo —murmuró.

Evin Landshore parecía un atildado hombre de negocios, un águila de la Bolsa neoyorkina o un magnate del ferrocarril. Vestía impecablemente, llevaba una flor blanca en el ojal y su pelo ceniciento y ya algo ralo, estaba perfectamente peinado, con raya al lado. Los lentes con montura al aire que usaba acababan de completar la impresión que ofrecía al que le veía la primera vez.

La corbata, apreció Fillmore, era de seda pura y los gemelos de la camisa emitían destellos diamantinos. Landshore era hombre de gustos refinados, no cabía duda. Pero también debía de ser muy duro y nada compasivo, pensó Fillmore, después de recibir una invitación para sentarse.

—Su nombre me suena, profesor —dijo Landshore.

—Claro que le suena. Vardo diría algo al respecto, si pudiese hablar.

Landshore se removió inquieto en su lujoso asiento.

—No quería hacerle daño. Le dije que le trajera a mí casa, pero era un tipo carente de modales.

—Sí, tuve ocasión de ver su carencia de aptitudes diplomáticas. En fin, ya estoy aquí y deseo conocer los motivos de su interés hacia mí.

—Es bien sencillo, profesor. Me interesa un informe sobre los terrenos de North Hills, los que pertenecen al viejo Glendale.

—Es decir, usted quiere que yo le dé ese informe.

—Ya tengo uno, pero deseo corroboración. He pensado que nadie mejor que usted para redactar ese informe.

—¿Sobre los terrenos... o sabré la mina de oro?

Landshore volvió a agitarse.

—Está bien, le seré franco. La mina, profesor.

—Usted quiere comprar North Hills para explotar el yacimiento.

—Exacto.

—¿Y cree que yo...?

—Si no lo creyera, no se lo pediría.

Fillmore pareció reflexionar unos momentos. Luego movió ligeramente una mano. —Señor Landshore, antes de hacer nada, me

gustaría estudiar el informe del otro... experto— dijo al cabo.

—Eso no me gusta.

—Entonces, no haré nada.

De nuevo sobrevino una pausa. Al fin, Landshore se puso en pie, fue hacia la caja fuerte, oculta tras un cuadro, la abrió y sacó una carpeta que puso en manos del joven.

—Ahí lo tiene —dijo.

Fillmore examinó rápidamente el contenido de la carpeta.

—No veo el nombre del analista —dijo.

—No es necesario.

—Quiero contrastar opiniones con él.

—Está bien —masculló Landshore—. Félix Britten, calle Paddell, novecientos catorce.

—Gracias. ¿Cuánto le pagó a Britten?

—¡Hombre de Dios, eso no es necesario!

—Lo es —dijo Fillmore fríamente—. Vamos, responda.

—Está bien —gruñó Landshore—. Cinco mil.

—Ésa será la cifra que pondré en mi minuta de honorarios. — Fillmore se levantó—. Tendrá mi respuesta lo antes posible — aseguró.

—Eh, se lleva la carpeta.

—Ya lo sé.

Landshore se pasó una mano por la cara sudorosa.

—No sé por qué diablos se me ocurrió llamarle —rezongó malhumoradamente.

El joven ya estaba en la puerta.

—¿Diría Dillman lo mismo?

Landshore vomitó una espantosa maldición.

—Ese hijo de perra...

—No le gusta, ¿eh?

—¡Salga! —Landshore extendió el brazo—. ¡Salga y tráigame el informe cuanto antes! Fillmore ocultó una sonrisa. Abrió la puerta y se encaminó en busca de la salida. Número nueve se le acercó incitantemente.

—Diré que me has pagado los cincuenta dólares, pero los pondré yo de mí bolsillo.

El joven le acarició una mejilla.

—Otro día, preciosa —se despidió.

Llamó a la puerta, pero no le contestó nadie. Extrañado, volvió a Insistir.

Había visto luz desde la calle. Britten tenía que estar en casa. Agarró el picaporte y encontró que podría abrir.

Empujó la puerta cuidadosamente. De pronto, percibió un jadeo al otro lado.

Había alguien escondido tras la madera. Meditó unos instantes y, al fin, empujó con todas sus fuerzas.

Sonó un chillido de mujer. Fillmore se precipitó de un salto a la casa. Volvió la puerta y se quedó atónito al reconocer a Sybil.

—Pero ¿qué hace usted aquí, criatura? —exclamó.

La chica estaba muy pálida y no podía hablar. Con mano temblorosa, señaló hacia el interior.

—E... está allí...

—¿Britten?

—Sí... Es decir... creo que es él... Oh, me va a dar algo...

Fillmore se percató de que la joven estaba pasando por una crítica situación. La agarró por un brazo y la hizo sentarse en un butacón. Luego avanzó hacia la puerta que comunicaba con el dormitorio.

Había un hombre junto a la cama, arrodillado, como si estuviese orando. Pero el negro agujero que se veía en su sien derecha, desmentía en el acto la primera impresión.

Junto al cadáver se veía una pistola de pequeñas dimensiones. Apretando los labios, volvió junto a la chica.

—No cabe duda, está muerto —dijo.

—Se ha... suicidado...

—No lo creo.

Sybil levantó la vista.

—¿Asesinado? Pero las apariencias...

—Tengo algo en el coche que lo desmiente —respondió él—. Han querido aparentar un suicidio, eso es todo.

—Pues no lo entiendo, de veras.

—Ya habrá tiempo para explicaciones. Desde luego, pasará por suicidio, porque no vamos a sacar a nadie del error, al menos por el momento. Ahora lo que nos conviene es esfumarnos. ¿Está en condiciones de marchar?

—Sí —dijo ella, poniéndose en pie—. Me impresioné muchísimo.

—Lógico. No es una visión muy agradable.

—Y luego, cuando usted abrió y me golpeó con la puerta.

—Le presento mis disculpas. No se me ocurrió que fuese usted. Podía haberse tratado de otra persona y en tal caso, mi interés estaba en ponerla fuera de combate. Abandonaron el apartamento. Mientras descendía, Fillmore hizo una pregunta:

—¿Por qué vino a ver a Britten? —preguntó.

—Hace tiempo, estuvo en la propiedad. Le encargamos unos estudios geológicos, para ver de perforar un nuevo pozo de agua. No había tenido respuesta aún y después de visitar al abuelo en el hospital, decidí venir a hablar con él.

—Quieren perforar otro pozo, ¿eh?

—Así es. Las cosas nos marcharían mucho mejor, si consiguiéramos más agua.

—Claro. Oiga, ¿estuvo muchos días Britten en la propiedad?

—Casi dos semanas. ¿Por qué lo pregunta?

—Me parece que ese pobre tipo estuvo buscando otra cosa más que agua. Le dejarían libertad de acción, ¿verdad?

—Es natural, profesor.

—Sí, en el informe que yo tengo y que él redactó para otra persona que no es Dillman, se dice que el yacimiento de oro es riquísimo y que puede rendir hasta seis mil dólares por tonelada de mineral.

Sybil dio un salto.

—¿Es cierto eso?

—¡Qué va a ser cierto! —bramó el joven—. Su mina de oro no da lo suficiente para empastar un diente, aunque pulvericen toda la montaña.

—Pero ¿cómo lo sabe usted?

—Un paleontólogo entiende también de geología —contestó él.

—Y en unas pocas horas, ha desahuciado nuestra mina.

—Ha sido más que suficiente. Hubo algo de oro en tiempos, pero le aconsejo pierda las esperanzas.

Estaba ya en la calle y abrió la puerta del todo terreno que era suyo y que había prestado a la chica.

—Vuélvase a casita y empiece a pensar en lo mejor para North Hills —aconsejó él—. Y lo mejor es agua.

—No tengo espíritu de granjera.

—Otros podrían cultivar la tierra por usted.

Fillmore sonrió alegremente.

—Animo, chica, todo se resolverá satisfactoriamente y un día encontrarán ustedes algo mil veces más valioso que el oro — concluyó.

CAPÍTULO V

—El problema es —dijo Fillmore al día siguiente—, en encontrar un buen manantial de agua. Con lo que extrae de ese pozo, no se puede pensar más que en tener el líquido suficiente para la cocina y el aseo.

—Eso es cierto —convino la chica.

—Pero si se encontrase agua...

De pronto, abandonó la cabaña y agitó la mano.

—Venga, Sybil.

Ella le siguió. Fillmore se situó en el centro de la hondonada, que tenía un trazado prácticamente recto hasta el desfiladero, situado a unos cuatrocientos pasos de distancia. El camino, en aquel punto, se hallaba a cincuenta o sesenta metros más abajo, en un nivel inferior.

Las paredes de las colinas se cerraban suavemente, hasta concluir en las paredes del paso, que tenía una longitud de casi cien metros. La altura, del suelo a los bordes, alcanzaba los setenta metros.

—Póngase aquí —dijo—. Mire hacia el paso. Ahora, imagínese usted, cerrado por un muro de hormigón, con los desagües apropiados. Vea la hondonada y calcule sus dimensiones. Supóngase que encuentra un manantial abundante. ¿Sabe lo que eso significaría?

Sybil se quedó sin aliento.

—Dios mío... Podría... podría haber aquí un lago de casi setecientos metros de largo... Ya que es preciso contar también la cola de la hondonada...

—Según sus dimensiones, la cantidad de agua que embalsaría esa presa superaría con mucho los siete millones de metros cúbicos. Dispondría de agua en todo tiempo y los campos del otro lado reverdecerían como si hubiesen recibido la bendición del Señor. Y

la obra, además, no resultaría muy cara, créame.

Sybil asintió. Luego se volvió hacia el joven.

—Pero existe un inconveniente —alegó.

—El manantial.

—Exacto.

—Bueno, sería cosa de dedicar los esfuerzos más a buscar agua que oro —respondió Fillmore.

—Perforar un pozo, sin saber si se obtendrán buenos resultados... ¿Se imagina usted lo que costaría?

—Tanto como si buscara petróleo, ciertamente.

—Ya conoce nuestra situación —contestó ella desanimadamente—. No podemos permitirnos ese lujo.

—¿Ni siquiera con la subvención que la Universidad les otorgará por el permiso de excavar restos de dinosaurios?

—No sería suficiente, profesor.

—Bueno, ya veremos de resolver este asunto. ¿Sabe que la Policía ha calificado de suicidio la muerte de Britten?

—Usted opina que es asesinato —dijo Sybil.

—No me gusta hablar mal de los muertos, pero Britten era un granuja. Les engañó a ustedes, cuando dijo que buscaría agua, y engañó al que le contrató bajo mano, para conocer la valía del yacimiento aurífero. Su informe dice que se pueden obtener seis mil dólares por tonelada, lo cual es una mentira más grande que el Himalaya.

—Es decir, estafó cinco mil dólares.

—Era un desaprensivo. Pero me hubiera gustado hablar con él.

Fillmore entornó el ojo sano.

—Y también me gustaría saber quien asesinó al pobre Wallenshoff —añadió con voz sin tonalidad.

Sybil guardó silencio. Fillmore apretó los labios un momento y luego se dispuso a cargar la pipa.

De pronto, la quietud de la atmósfera se vio rota por un ruido extraño, que procedía de las alturas. El sonido se acercó. Era rítmico, no demasiado penetrante, pero delataba claramente su origen.

Fillmore fue el primero en verlo.

—¡Ahíviene! ¡Es un helicóptero! —exclamó.

Sybil se puso una mano a guisa de pantalla sobre los ojos. El

insecto mecánico se acercaba raudamente a la hondonada. Las aspas del rotor principal emitían vivos centelleos metálicos.

—¿Quién puede ser? —murmuró ella, desconcertada.

Fillmore no dijo nada. El aparato aumentaba rápidamente de tamaño. De súbito, lo vieron descender, a la vez que aceleraba.

—Esto no me gusta nada —dijo el joven.

Con fuerte rugido, el helicóptero sobrevoló el campamento a menos de veinte metros del suelo. En el mismo instante, Fillmore divisó abierta la escotilla de babor y a un hombre armado con un fusil en el hueco.

Inmediatamente, presintió lo que iba a ocurrir y empujó a la chica con una mano.

—¡Al suelo, Sybil!

El fusil tableteó y sus estampidos resonaron con potencia, por encima del sonido del motor. Fillmore vio nubecillas de polvo que se levantaban del suelo en sus inmediaciones, oyó el chasquido de los impactos y hasta el ominoso gañido de un proyectil que había rebotado al dar en un pedrusco. Luego, el piloto dio gas y el aparato se alejó, ganando altura a gran velocidad.

Fillmore se puso en pie de un salto.

—¡Sybil! ¿Está herida?

—No —contestó ella, a la vez que se incorporaba, pálida de rabia—. Pero esos miserables van a saber lo que es bueno, si se les ocurre volver.

—Piensan volver —contestó él, con la vista fija en el helicóptero, que estaba virando a trescientos metros de distancia, sobre la loma más alta.

Sybil dio media vuelta y echó a correr hacia la casa. Fillmore la siguió.

—Necesito una sábana —gritó.

Ella, ya con el rifle en la mano, se volvió y le miró con repugnancia.

—¿Es que piensa levantar bandera blanca?

—No sea tonta. ¿Dónde hay una sábana?

Sybil señaló un dormitorio y corrió hacia la puerta. Fillmore se acercó a la cama, sacó una sábana y rasgó una tira de diez centímetros de ancho en toda su longitud.

Cuando salió, vio a la chica detrás de uno de los postes de la

veranda.

—Si piensa contestar al fuego, sitúese detrás de aquel barril, así no la verán.

Sybil accedió y fue a arrodillarse detrás de un cilindro metálico, lleno de tierra, que servía para sujetar tirantes y cables tensores. Fillmore corrió hacia el otro lado de la hondonada. Ella se sentía desconcertada, porque no comprendía el comportamiento del profesor.

El helicóptero dio otra pasada. Sybil le disparó varios tiros, sin conseguir ningún resultado práctico. Fillmore, por su parte, no tuvo tiempo de poner en práctica su plan.

Pero los hombres del helicóptero no pensaban abandonar la empresa tan pronto, adivinó, cuando vio que el aparato iniciaba un nuevo viraje. Entonces, se preparó para actuar, sujetando en la muñeca uno de los extremos de la tira de tela y el otro en la misma mano. En el centro, había un pedrusco tan grueso como su puño.

El helicóptero volvió de nuevo, ahora, incluso a menor velocidad y a una cota más baja. El fusil del tirador chasqueó repetidas veces. El «Winchester» de Sybil detonó fragorosamente.

Fillmore estaba al otro lado del tirador. La honda improvisada volteó sobre su cabeza varias veces, acelerando a cada giro. De pronto, soltó uno de los extremos.

La piedra partió con la velocidad de un proyectil. Ascendió raudamente y alcanzó una de las palas del rotor, rebotando luego a gran distancia.

El aparato sufrió una fuerte sacudida. El sonido del rotor cambió de inmediato. Fillmore preparó la honda nuevamente.

Atónita, Sybil salió de su escondite y contempló el errático vuelo del aparato, cuyo piloto hacía tremendos esfuerzos para evitar el desastre. De repente, se oyó un terrible chasquido.

Una de las palas del rotor voló hecha pedazos. El aparato inició el descenso.

—¡Se va a estrellar! —gritó la chica.

Fillmore asintió. La suerte de los ocupantes del vehículo estaba en la baja cota de vuelo. El aparato perdió altura balanceándose como un hombre embriagado, pero sin demasiada velocidad. Luego, de pronto, se produjo el contacto con el suelo, a unos cien metros de la cabaña.

—¡Vamos allá! —exclamó Sybil, entusiasmada.

—Cuidado, no cometa imprudencias —advirtió él.

—Esto ya es cosa mía —repuso la chica.

Fillmore echó a correr tras ella. El helicóptero había chocado contra el suelo con cierta violencia, aunque sin peligro mortal para sus ocupantes. Sin embargo, el golpe había sido bastante fuerte y los vio salir, aturdidos y desconcertados, como si no comprendieran muy bien lo que les había ocurrido.

Uno de ellos, a pesar de todo, conservaba el fusil. A cincuenta metros, FNImore se detuvo, hizo girar la honda y disparó otro pedrusco.

El proyectil zumbó ominosamente entre los dos hombres y, se estrelló contra el costado del helicóptero. Sybil, por su parte, disparó un par de tiros de aviso.

—¡Levanten las manos! —ordenó—. La próxima bala irá al cuerpo.

Los dos sujetos obedecieron en el acto. El del fusil lo dejó caer en el suelo.

Sybil se volvió un instante hacia el joven.

—Si David le hubiese visto, se habría sentido orgulloso de usted —dijo.

Fillmore asintió. Llegó junto a los dos sujetos y apartó el fusil con el pie.

—Si tienen más armas, será mejor que las dejen caer al suelo —dijo.

—No tenemos más armas —contestó el piloto—. Oiga, ¿qué diablos hizo para destrozarme una pala del rotor?

—La técnica, vencida por la astucia —contestó Fillmore alegremente—. Si no han visto una honda en su vida, al menos, han conocido sus efectos.

Sybil movió el rifle.

—Será mejor que bajen a la hondonada —dijo—. Avisaré a la Policía para que vengan a buscarlos.

—Muy bien, pero, en tal caso, déme el rifle; yo los vigilaré mientras usted utiliza la radio —indicó Fillmore.

—Eh, un momento, un momento —protestó el piloto—. No pueden hacernos nada. Nosotros no les hicimos tampoco nada a ustedes. Íbamos solamente de caza.

—De caza, ¿eh?

El piloto le apuntó con el índice.

—Y le pediré daños y perjuicios, por las averías de mi helicóptero —agregó.

—¡Tendrá cara dura! —se indignó Sybil.

—No se preocupe —dijo el joven—. El fusil queda aquí, en el suelo. Cuando venga la Policía, se lo entregaremos y les haremos buscar algunas de las balas que han disparado en su... partida de caza.

—En el barril con tierra hay dos impactos, por lo menos.

—Con eso será más que suficiente. —Fillmore miró oblicuamente a los dos sujetos—. ¿Es costumbre en estas comarcas cazar bidones de metal llenos de tierra?

Los dos hombres empezaron a sentirse incómodos.

—Hagamos un trato —propuso el del fusil.

—¿Qué trato? —preguntó Sybil ávidamente.

—Yo les digo lo que pretendíamos hacer y ustedes nos dejan marchar libres.

—¡Vaya desvergüenza! Después de que nos han estado tiroteando como energúmenos, aún tiene la desfachatez de pedirnos que les dejemos marcharse de rositas.

Fillmore extendió una mano.

—A ver, quizá tiene algo interesante que decirnos —intervino.

—No se fíe, profesor. Este granuja será capaz de inventarse el mejor cuento, con tal de marcharse sin más problemas.

—Sybil, en todo caso, siempre hay tiempo de avisar a la Policía —insistió él—. Hable —se dirigió al tirador.

—Lo ordenó Dillman.

—¡Noticia fresca! —dijo Sybil sarcásticamente—. ¿Quién, sino ese granuja, podía haber ideado una cosa semejante?

—Hay otro competidor —murmuró Fillmore—. ¿Ha dicho Dillman?

—Sí —confirmó el sujeto.

—Bueno, ¿y qué pretendían?

—Me dijo que les diésemos unas cuantas pasadas, eso es todo.

Sybil elevó los brazos al aire.

—Me voy —clamó—. No puedo soportar por más tiempo esta comedia. Ese indecente sujeto no ha dicho nada que ya no

supiéramos, desde el primer momento. Sé que la Policía los soltará antes de que llegue la noche, pero, al menos, no quiero hacerme cómplice de una indignidad. Vigílelos, profesor.

Fillmore acabó por reconocer que la chica tenía razón.

—A Dillman no le gustará saber lo que usted ha dicho.

El tipo del fusil sonrió burlonamente.

—¿Acaso no se imagina que Dillman ya sabía que ella sospecharía inmediatamente?

—Sí, tal vez. Acaso sólo quisieran asustar a la señorita Glendale... pero el caso es que nos han disparado más de cuarenta proyectiles y que pudieron habernos matado. —Fillmore se volvió hacia el piloto—. Usted sabía a lo que venía y no puede quejarse de lo que suceda después.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el piloto.

—¿Pagará Dillman un helicóptero nuevo?

—Oiga, no pretenderá...

—Luego volveré y le pegaré fuego. Ahora... —Fillmore les apuntó con el rifle—, pongan las manos sobre la cabeza y caminen delante de mí. Y al primero que haga un gesto sospechoso, le haré un agujero en las posaderas.

Y, para demostrar que no era una balandronada, disparó un tiro por encima de los dos sujetos, recargó el arma y les miró fieramente. Abrumados, piloto y su compinche, emprendieron el descenso hacia la hondonada.

Sybil asomó por la puerta cuando llegaban.

—La Policía ya está avisada —anunció.

CAPÍTULO VI

Sentado en un butacón, Fillmore releía una y otra vez el Informe de Britten. Se preguntó cómo era posible que un hombre entendido hubiera podido redactar semejante sarta de embustes. Claro que, para un profano, aquellos papeles eran anuncio de una riqueza sin límites.

Britten había sido un desaprensivo, llegó muy pronto a la conclusión. Y alguien se había dado cuenta de ello y le había borrado del mundo de los vivos, simulando después un suicidio, que había engañado a la Policía.

De pronto, al volver una de las hojas, algo se deslizó de la carpeta, revoloteó un momento en el aire y acabó cayendo al suelo. Fillmore se inclinó y recogió aquel rectángulo de cartulina, con una dirección impresa en elegantes caracteres en relieve.

Durante unos segundos, estuvo contemplando la tarjeta profesional. Luego echó un vistazo al reloj.

Momentos después, estaba hablando por teléfono:

—¿Señor Shelby? Soy el profesor Fillmore, de la Universidad de Carolina del Sur. Me interesaría hablar con usted... Sí, ya sé que es casi hora de terminar la jornada, pero me agradaría que me concediera unos minutos de su valioso tiempo... Está bien, muchísimas gracias; estaré en su despacho antes de media hora.

Empleó veinte minutos. Cuando llegó a su destino, estudió la placa dorada que había junto a la puerta:

BRAGH W. SHELBY. PROSPECCIONES Y
EXPLORACIONES GEO LOGICAS

Llamó a la puerta y una atractiva joven abrió a los pocos momentos.

—Soy el profesor Fillmore —se presentó.

La chica respingó al ver su monóculo negro. Fillmore rozó el cristal con el índice de la mano izquierda.

—Tengo el ojo de luto —sonrió.

Ella se ruborizó.

—Pase, profesor; el señor Shelby está aguardando.

—Gracias.

A Fillmore le agradó en el acto el aspecto de Shelby. Era un hombre próximo a los cuarenta años, fornido y con el rostro tostado, debido indudablemente a una vida casi continua al aire libre. Estrechó la mano del joven, le indicó un asiento y luego llenó dos pocillos de café.

—Le escucho, profesor —dijo.

—El nombre es Britten y está muerto, señor Shelby.

—Dios haya perdonado sus muchos pecados, como se los perdono yo, pero presentía que acabaría mal —contestó el prospector.

—¿Por qué, si no es indiscreción?

—Precisamente por eso mismo, por las numerosas indiscreciones que cometió, mientras estaba empleado en mi oficina. Acabé despidiéndole y no se fue de vacío, precisamente.

—¿Qué quiere decir eso?

—Le propiné una buena paliza.

—Traicionaba el secreto profesional, ¿eh?

—Exactamente.

—Tal vez pensaba que ganaba poco...

—Nadie le pidió que se emplease conmigo —respondió Shelby bruscamente—. Pero su sueldo era el apropiado a sus conocimientos y experiencia. Lo que sucede es que siempre hay tipos que no se conforman.

—Sí, ocurre con mucha frecuencia. —Fillmore puso la carpeta de Landshore sobre la mesa—. ¿Qué opina usted de eso? —preguntó.

A Shelby le bastó una simple ojeada para emitir su respuesta:

—Yo también exploré por mí cuenta. No hay oro allí.

—Algunos piensan lo contrario —dijo el joven.

—El pensamiento es libre, profesor.

—¿Puedo preguntarle, o pertenece al secreto profesional, para quién realizó usted las prospecciones?

—No hay inconveniente. Mi cliente fue el señor Glendale.

—El abuelo de Sybil.

—Sí.

—El viejo insiste en que hay oro.

Shelby sonrió conmisericordiamente.

—Me tiró el informe a la cara —repuso—. Por lo visto quería que yo corroborase sus ilusiones, con datos técnicos. Soy demasiado honesto para decir que hay oro donde no lo hay.

—Sin embargo, ellos sacan lo suficiente para vivir.

—Eso ya lo dije en el informe. Matándose a trabajar, uno puede conseguir de cinco a diez dólares al día, y eso deslomándose de sol a sol. Pero no más; no hay veta madre, que les permita soñar en riquezas incalculables.

—En eso estamos de acuerdo, señor Shelby. Y ahora, volvamos a Britten. ¿Sabe usted si estaba en relación con alguien... con personas de fama más que discutible?

—No andaba en buenas compañías, es todo lo que puedo decirle. A mí me sorprendió que se pegase un tiro. Debía de haber llegado al límite.

—No se suicidó. Lo asesinaron.

Shelby se agarró con ambas manos a los brazos del sillón.

—Asesinado —dijo.

—Quizá por este informe falso —apuntó Fillmore.

El prospector se acarició la mandíbula con gesto pensativo.

—Escuche... esto es confidencial —dijo, tras una pausa reflexiva—. Cuando Britten trabajaba para mí, solía contratar a un ayudante, al cual pagaba yo el salario, por supuesto. Pero el contrato era cosa de Britten.

—¿Y...?

—Ese sujeto tampoco me gustó demasiado. Después de que despedí a Britten, vino a verme, para pedirme un empleo.

Me negué a darle trabajo. No me tome por fanfarrón, pero conozco a los hombres casi tan bien como a las piedras.

Fillmore sonrió al escuchar aquella respuesta.

—Estoy seguro de ello —respondió—. ¿Puede decirme el nombre de ese individuo?

—Reeth Crandall, pero no me pregunte más, porque no sé dónde vive.

—Es suficiente. Gracias, señor Shelby.

El joven se puso en pie y estrechó la mano de Shelby.

—Siento mucho lo del profesor Wallenshoff —dijo el prospector.

—Ha sido una gran pérdida para la ciencia, en efecto.

Cuando salió a la calle, Fillmore se preguntó dónde podría encontrar a Crandall. Tal vez por la guía telefónica... pero, miró la hora, notó cierto vacío en el estómago y se encaminó al restaurante de Clemmie.

Clemmie puso delante del joven un plato agradablemente lleno y una gran jarra de cerveza, y luego apoyó ambos codos en el mostrador.

—Tengo noticias para ti y no son buenas.

Fillmore se ajustó el monóculo en la cuenca orbital.

—Habla. —Y pegó un atroz mordisco al bocadillo de carne picada.

—Le llaman el Diablo. Mata por dinero.

—Una profesión verdaderamente Infame. ¿Qué más?

—Me lo dijo un buen amigo. El Diablo te busca.

—Para liquidarme.

—Figúrate.

—¿Sabes qué método emplea?

—Dicen que el cordón de seda es el arma favorita, pero no desdeña el cuchillo o la pistola con silenciador. Dios, me entran sudores sólo de pensar en un sujeto semejante...

—No te preocupes. ¿Conoces su nombre verdadero?

—Kent Rozz, pero vete a saber si se llama así auténticamente.

—¿Y está contratado por...?

Clemmie se encogió de hombros.

—Eso es todo lo que sé. Dispensa, tengo que atender a un cliente.

—Clemmie, tráeme una guía telefónica cuando puedas.

—Sí, Kewtle.

Minutos después, la camarera regresaba junto a él, con la guía en las manos.

—¿A quién buscas? —preguntó.

—Se llama Reeth Crandall. Quiero hablar con él.

—¡Crandall!

Fillmore captó el tono de sorpresa en la voz de Clemmie.

—¿Lo conoces?

—Fue mi pretendiente en tiempos.

—Y rompiste con él.

—Sí.

—¿No te gustaba?

—Había diferencia de opiniones. Era muy feminista.

—No entiendo —dijo el joven, desconcertado.

—Oh, sí, era partidario de todos los movimientos de liberación femeninos, de la igualdad de derechos en ambos sexos... y estaba dispuesto a quedarse atendiendo la casa, mientras que yo trabajaba. Decía que, en una pareja bien avenida, sólo uno debía trabajar.

—Tú, claro —rió el joven Fillmore.

—Es un caradura. Simplemente, quería que lo mantuviese, a cambio de ciertos favores... biológicos. El panorama no me gustó.

—A él tampoco, supongo.

—No, y quiso expresar su protesta, pero inicié un movimiento de represión, con un buen garrote y dejó de molestarme.

—Eres una chica estupenda —rió Fillmore—. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Dormir, no sé dónde duerme, pero puedo decirte dónde pasa dos tercios de su jornada. En la sala de billares de Heck Tomlin, cuatro manzanas más abajo. Ahora, ni siquiera se acerca por aquí.

Fillmore puso unos billetes sobre el mostrador.

—He cenado estupendamente.

—Si quieres, te dejo la llave de mí apartamento. Hoy terminaré a las diez —sonrió Clemmie.

—Otro día, hermosa.

Fillmore salió a la calle. Todo aquello, se dijo, estaba muy confuso.

—Unos creen que hay oro... otros saben que no hay, pero insisten en comprar North Hills... ¿Qué diablos hay allí?

Era un enigma que no sabía cómo resolver, aunque sí estaba dispuesto a aclararlo, porque quería un día dedicarse a las excavaciones en busca de restos de dinosaurios y quería trabajar en paz, sin volver la cabeza a cada momento. Y llegar a esta situación, presintió, le iba a costar más de lo esperado.

Abstraído en sus reflexiones, no se dio cuenta de que le seguían, hasta que fue demasiado tarde y sintió en el cuello el contacto de

un delgado cordón de seda.

Entonces se acordó de Kent Rozz, alias el Diablo.

El ataque se había producido justo cuando pasaba frente a un oscuro callejón. Rozz actuó desde su costado derecho y, apenas hubo enlazado el cuello de su víctima, tiró hacia sí.

Fillmore se tambaleó y elevó ambas manos instintivamente. El dogal se cerró con fuerza en torno a su garganta.

Sin embargo, supo que no moriría en el acto. El Diablo, calculó, estaba acostumbrado al desconcierto de sus víctimas, lo que le permitía mantener la presión, hasta que las fuerzas cedían y abandonaban la lucha. Ahora pretendía hacer lo mismo.

Aun así, el dolor era horrible, pero supo mantener la serenidad, mientras Rozz tiraba de él hacia la oscuridad. Dejó que le arrastrase media docena de pasos y luego, de repente, giró un cuarto de vuelta a su izquierda, echó la mano atrás, agarró el cordón y tiró con enorme violencia hacia adelante.

Sorprendido por el inesperado contraataque, Rozz vaciló. Fillmore insistió. Volvió a tirar y, al mismo tiempo, se inclinó hacia adelante. Alargó la mano un poco más, tocó otra mano, la agarró con dedos de hierro y, ejecutando un rapidísimo movimiento, hizo que los pies de Rozz perdiesen el contacto con el suelo.

El asesino dio una vuelta completa en el aire y cayó de espaldas al suelo. Fillmore se aflojó el lazo y sintió que podía respirar de nuevo libremente. Delante de él, Rozz, más duro de lo que parecía, trataba de sacar algo de su bolsillo.

Fillmore disparó el pie derecho. Unos huesos crujieron horriblemente, mientras una pistola volaba por los aires, despidiendo destellos metálicos. Luego, se arrojó sobre el sujeto, lo agarró por las solapas y le hizo ponerse en pie, zarandeándolo a continuación con todas sus fuerzas.

Los dientes de Rozz entrechocaron ruidosamente. Fillmore pudo ver el pánico en sus ojos. El asesino se sentía aterrado, porque la situación se había invertido radicalmente y había perdido por completo la iniciativa.

—Pedazo de... —gruñó Fillmore, hecho una furia—. Ahora mismo vas a decirme quién te pagó por quitarme de en medio...

De pronto, divisó una silueta en la entrada del callejón.

Algo brilló casi silenciosamente a tres o cuatro metros de

distancia. Fillmore percibió claramente el horrible sonido de la bala al hundirse en la carne. Rozz se estremeció de pies a cabeza y sus rodillas empezaron a doblarse.

Fillmore soltó al asesino y se pegó a la pared. Mientras Rozz caía al suelo, el otro disparó por segunda vez. El sonido de los huesos destrozados por el proyectil era horripilante.

Rozz cayó fulminado. El asesino se perdió rápidamente, sin que Fillmore pudiera hacer nada por impedir su huida.

El suceso parecía haber pasado desapercibido. Fillmore pensó que lo mejor que podía hacer era esfumarse y se alejó hacia la otra salida del callejón.

—Rozz, al fin te han dado tu merecido —dijo, como epitafio para un asesino profesional.

Pero la solución de aquel misterio era fácil: Rozz estaba condenado a muerte desde el momento en que aceptó el «contrato» para eliminarle, pensó Fillmore, mientras emprendía el camino de regreso al hotel. Le dolía aún el cuello y no sentía ganas de buscar a Crandall. Lo dejaría para el día siguiente, decidió.

CAPÍTULO VII

El helicóptero de carga se llevó el averiado y el silencio volvió a la hondonada. Las nubes de polvo, levantadas por el rotor del gran aparato, se disiparon lentamente y la atmósfera recobró poco a poco su transparencia.

Sybil entró en la cabaña y salió con dos pots llenos de café. Fillmore bebió en silencio.

—Bien, ya nos han librado de un estorbo —dijo ella—. ¿Qué más noticias tiene, Kewtie?

—Muchas, y pocas buenas —contestó él sombríamente—. Sybil, este asunto tiene más importancia del que yo pensaba en un principio. A Wallenshoff lo asesinaron aquí y a mí también quieren quitarme de en medio.

—Pero no lo entiendo. Sin la mina de oro, estas tierras son muy pobres.

—¿Por qué se aferró su abuelo a vivir aquí?

—Bueno, hubo un tiempo en que parecía que la mina iba a producir bastante. El abuelo fue siempre un sujeto poco amigo de vivir en un mismo sitio. Pero, claro, cuando encontró los primeros indicios de oro...

—Decidió afincarse aquí, es lógico. ¿Y usted?

—Yo tuve que suspender mis estudios, cuando murieron mis padres, con dos semanas de diferencia. Mi padre tenía un buen empleo, pero nada más. Luego, al morir mi madre, vendí la casa... y me vine con el abuelo.

—De modo que estudiaba —dijo Fillmore.

—Me faltaba un año para graduarme en Artes. El abuelo no tiene bastante dinero para sufragarme los estudios.

Fillmore sonrió.

—Quizá yo le consiga una beca en mi Universidad —dijo—. Sybil, si no hay oro y, no parece, otros minerales valiosos y, desde

luego, uranio tampoco, ¿qué hay en estas tierras?

Ella hizo un gesto desanimado.

—Alguien sabe lo que hay aquí y nosotros desconocemos su identidad. Una cosa es segura: se trata de un hombre muy astuto.

—Dillman —exclamó Sybil instantáneamente.

—No lo sé. Quizá alguien lo emplea como pantalla.

—¿Usted cree?

—Es sólo una opinión, no lo tome como algo cierto. Pero quizá pueda decirle algo más, después de que haya hablado con él y con Crandall.

—Dillman es un tipo muy duro —advirtió ella.

Fillmore sonrió.

—Espero que Tower y Rogan le hayan hablado de mí —contestó.

Ella suspiró.

—Llámeme en cuanto sepa algo. Y, lo había olvidado... pero alguien manipuló en mi *jeep*. ¿Recuerda que se cayeron las dos ruedas de delante?

—Sí, es cierto —exclamó Fillmore, sorprendido—. ¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo el sargento Morgan. También él sospechó algo e hizo que los expertos de la Policía investigaran el coche. Duró lo justo para llegar hasta aquí, pero si aquel día hubiese viajado a mayor velocidad, el accidente se habría producido en el camino.

—¿Por qué no corrió con el *jeep*?

—Tenía muchas cosas en la cabeza y me di cuenta de que si corría, podía olvidarme de que estaba al volante de un coche. Al volver despacio, pude reflexionar mejor.

—No cabe duda de que eso la salvó de un serio contratiempo. Bueno, yo...

Fillmore se calló de pronto. Algo acababa de chocar con sordo ruido contra alguna de las estructuras de la hondonada.

Extrañados, se volvieron para ver el origen del ruido. Un segundo más tarde, percibieron el distante eco de un disparo.

El sonido se repitió y fue seguido del inconfundible ruido de un chorro de agua que caía desde cierta altura. Sybil lanzó un grito de furor:

—¡El tanque de agua potable!

Fillmore elevó al vista y divisó los dos chorritos que brotaban casi en la base del cilindro de madera, construido por el abuelo de la chica mucho tiempo antes. Un tercer proyectil llegó, perforó la pared y otro chorro de líquido brotó con gran ímpetu.

—¡Quieren matarme de sed! —exclamó ella, furiosa, a la vez que corría en busca de su rifle.

—¡Sybil, no se moleste! —gritó Fillmore—. Ese tipo está demasiado lejos y no podría hacerle nada. Lo mejor será que busque recipientes para llenarlos de agua.

Otra bala llegó y produjo un nuevo agujero. Sybil entró en la casa, y salió con un balde y lo puso debajo de uno de los chorros.

—Me lo van a dejar como un colador —dijo, furiosa.

—Sí —admitió él—. Y lo peor es que no podemos evitarlo.

—Podría ir en el coche.

—Quizá eso es lo que espera que hagamos. Deje que se canse de jugar con su fusil y su mira telescópica. Ese tipo está a más de cuatrocientos metros de distancia y no falla un tiro.

Fillmore tenía razón. El tirador envió cinco o seis proyectiles más y todos dieron en el ancho blanco que era el tanque de agua, situado a diez metros sobre el suelo. Ellos quedaban a un nivel inferior y no podían ser alcanzados por unos proyectiles que eran disparados con enorme precisión.

Al cabo de un rato, dejaron de oírse los disparos. En la base del armazón que sustentaba el depósito, había un enorme charco de agua, que se ensanchaba gradualmente.

—No se desanime —aconsejó Fillmore—. Dentro de un rato, yo subiré al tanque y taparé todos los orificios.

—Volverán a perforarlo...

—Tal vez no. Esto es sólo parte de una campaña de presión contra usted. Realmente, no quieren que muera, no les convendrían en absoluto. Pero sí tratan de hacerle perder la paciencia. Sencillamente, quieren acorralarla contra las cuerdas.

—Resistiré —dijo Sybil llanamente.

—Ellos volverán a la carga.

—Estoy segura. Sin embargo, se han producido asesinatos...

—Son los codazos.

—¿Codazos? —Sybil se quedó como si viera visiones—. No entiendo, Kewtle.

—Cuando hay muchos que aspiran a una misma cosa, todos corren a buscarla y se producen apreturas, que se resuelven siempre por codazos y empellones.

—Y en favor del más fuerte, naturalmente.

—Ocurre en todas las especies animales —sonrió él—. Vamos, pare la bomba; tengo que subir al tanque para tapar los agujeros.

—El tirador le verá.

—No; se habrá marchado ya. Ha hecho su papel y no tiene por qué permanecer aquí un segundo más de lo necesario. Yo voy al cobertizo de las herramientas, a preparar unos tacos de madera, para ponerlos por dentro del depósito. Nos guste o no, tendremos que dejar que se vacíe del todo.

—Muy bien. Ah, mientras trabaja allá arriba, prepararé la comida. ¿Tiene alguna preferencia?

—No he podido sacar todavía ningún hueso de dinosaurio, pero cuando lo consiga, le entregaré uno. ¡Hacen un caldo riquísimo!

Sybil se quedó con la boca abierta, porque no sabía si Fillmore bromeaba o hablaba en serio. Pero no pudo decirle nada, porque el joven estaba ya camino del cobertizo de las herramientas.

Terminó de meter el último taco con un par de buenos martillazos, puso las herramientas en una bolsa que colgó de su hombro y se dispuso a emprender el descenso. Estaba descalzo y se había remangado los pantalones hasta media pierna, ya que el agujero más bajo se hallaba a unos diez o quince centímetros sobre el suelo del tanque. Cuando llegó, abajo, lanzó un grito:

—¡Ya puede conectar la bomba del agua, Sybil!

Sentóse en el suelo, se limpió un poco los pies y empezó a calzarse. La chica apareció a poco en el umbral de la puerta.

—La comida está lista, Kewtle —anunció—. Y el caldo es de lata.

Fillmore soltó una alegre carcajada.

—Fue una broma —dijo, mientras avanzaba hacia la casa—. En realidad, no se podría hacer caldo con un hueso de dinosaurio, porque, en realidad, no existen.

—Pero yo he visto ejemplares en los museos...

—Los que no son copias y sí auténticos, no tienen nada de hueso. El animal quedó sepultado hace setenta millones de años, por lo menos. Durante el transcurso del tiempo, la sílice fue

Invadiendo lentamente el hueso y tomó su forma con absoluta fidelidad. La sustancia orgánica desapareció por completo.

—Entonces, lo que se saca de un yacimiento es puro mineral.

—Una copia tan fiel, que permite adivinar no sólo la estructura del animal, sino, incluso saber las enfermedades que pudo padecer. Recuerde, son setenta millones de años, como mínimo, aunque se calcula que el período de los dinosaurios alcanzó un total de ciento treinta y cinco millones.

—Cuatro días, como quien dice —sonrió ella, mientras llenaba los platos.

—El hombre ha vivido muchísimo menos, unos dos millones de años. Comparados con los grandes saurios, somos unos recién nacidos.

—Me gusta serlo —sonrió ella.

—¿A quién no?

Cuando terminó de comer, Fillmore se palmeó el estómago.

—¿Puedo pedirle un favor, Sybil?

—Cíaro, hombre.

—He visto una hamaca en la veranda. ¿Le importaría que me echase una siestecita?

—Le daré un sombrero para que se tape los ojos... Oh, perdone, no quise ofenderlo...

—¿Lo dice por el monóculo? No se preocupe —sonrió él—. El ojo derecho está sano y agradecerá que lo tape con el sombrero.

Ella le entregó uno de fibra. Fillmore salió a la veranda, pero, casi en el acto, divisó algo que le hizo fruncir el ceño.

—Sybil, me parece que voy a tener que posponer mi siesta —exclamó.

Ella corrió a la veranda, desde la que divisó la nube de polvo, que flotaba en el desfiladero de acceso a la hondonada. Poco más tarde, divisaron un gran coche de color oscuro.

—En los últimos tiempos, estoy haciendo un gasto extraordinario de municiones —se lamentó Sybil.

Fillmore quedó en el mismo sitio. Unos minutos después, el coche se detenía frente a la cabaña.

Un tipo de rostro estólido conducía el automóvil. Tower, con la mano vendada, estaba a su lado. Los dos pasajeros que viajaban en el asiento posterior, se apearon en el acto. Fillmore reconoció a uno

de ellos. Era Rogan.

Adivinó la identidad del otro. En silencio, se asombró de la enorme papada de Dillman, que no parecía poder ser contenida por el cuello de su camisa. Llevaba gafas de color oscuro y sus mejillas parecían pintadas de rojo, de tanta sangre que afloraba a su epidermis.

Sybil salió, con el rifle en las manos. Dillman se quitó las gafas de un tirón.

—Deje ese chisme a un lado, muchacha —exclamó desdeñosamente—. ¿Se cree la heroína de una película del Oeste?

Ella señaló el suelo, todavía encharcado.

—Aún no hace dos horas que nos llenaron de agujeros el tanque de agua —contestó—. Y, ¿sabe una cosa? Nadie es héroe, salvo cuando le obligan a ello.

—Tal vez, pero yo he venido ahora en son de paz. —Dillman lanzó una mirada al joven—. Ese tuerto, ¿es el profesor Fillmore?

—Tengo el honor de comunicarle que ha acertado, salvo por una cosa: no soy tuerto —contestó el interpelado.

Dillman se encogió de hombros.

—Me es igual —gruñó—. Sybil, he venido a hablar con usted.

—Empiece —invitó ella secamente.

—A solas.

La chica titubeó.

—No —rechazó la idea.

Dillman miró de reojo a Fillmore y luego se encogió de hombros.

—Está bien —dijo—. De todos modos, no importa demasiado. Subo la oferta a doscientos mil.

Sybil pareció vacilar. La cifra era demasiado tentadora, apreció Fillmore. Y si en aquellos parajes no se encontraba un manantial de agua mucho más caudaloso que el existente en la actualidad, la tierra seguirá teniendo un valor ínfimo.

—¡Caramba! —Se impacientó Dillman—. ¿Es que aún le parece poco?

—Sybil, —intervino el joven—, si me permite un consejo, no le dé una respuesta hasta que el señor Dillman haya dicho claramente qué hay en sus tierras. Usted tiene pleno derecho a saberlo y, si no es así, no acepte.

La chica asintió.

—Es cierto —convino—. Hable, pajarraco; suéltelo de una vez o no continuaremos hablando.

Después de aquellas palabras, se produjo un intenso silencio.

CAPÍTULO VIII

El rostro de Dillman se puso purpúreo. Fillmore creyó que iba a explotar.

—¡No! —aulló el individuo—. No lo diré. No tengo ninguna obligación de decirlo. Escuche, señorita Glendale, cuando compro una casa, ya es mía y si quiero la derribo o hago en su interior las modificaciones que se me antojan. Si pago de más, a nadie le importa, y si las paredes son de plata, el beneficio es para mí. Pero no tengo por qué dar explicaciones a nadie, ¿me entiende?

—Está muy claro: el que paga, manda —dijo Fillmore cáusticamente.

—¿Lo duda, profesor?

—No, pero a mí me parece que no se debe vender, sin conocer el valor exacto de la propiedad. Ahora, la decisión es de ella... con permiso de su abuelo.

—Me dio plenos poderes, mientras esté en el hospital —explicó Sybil.

—Entonces, ¿no le parece bastante la cifra mencionada? —preguntó Dillman.

—Me parece de maravilla, sólo que quiero saber exactamente qué hay aquí —respondió la chica.

—Y no es oro, conque... —añadió Fillmore con sorna.

—No lo diré —contestó Dillman con brusquedad—. Éste es asunto mío y de nadie más. —Y, tal vez, de Félix Britten.

Dillman apuntó al joven con un rollizo dedo índice.

—Si cree que tuve algo que ver con su muerte, está equivocado —contestó—. Era un tipo desaprensivo y me engañó. Lo único que hice fue ordenar que le diesen unos cuantos golpes y rescatar los cinco mil dólares que me había cobrado por un informe absolutamente falso.

—Eso significa que contrató a otro prospector.

—Sí, pero no le diré su nombre.

—Y, por tanto, está convencido de que la riqueza de este terreno no está en el oro.

—No trate de sonsacarme. —Dillman se volvió hacia la chica—. ¿Es su última palabra? —La tiene usted— respondió Sybil sin inmutarse. —Diga qué hay aquí y hablaremos. Dillman hizo un gesto con la mano.

—Vámonos —gruñó.

Rogan abrió obsequiosamente la portezuela. Fillmore agitó la mano:

—Aguarde un momento.

Dillman se volvió.

—¿Qué quiere ahora, profesor?

—¿Quién mató a Wallenshoff?

—No lo sé. Pueden creerme o no, pero no he tenido nada que ver con ninguna de esas muertes. Por muy mala fama que tenga, en este asunto soy inocente por completo de esos asesinatos.

—¿Tampoco sabe nada del balazo que recibió mi abuelo? —gritó Sybil—. Ni del envenenamiento de mí perro, ni de...

—Nada de nada, en absoluto —insistió el sujeto.

Dillman entró en el coche y movió el brazo.

—A casa —ordenó.

El conductor arrancó de inmediato. Hizo girar el vehículo y enfíló el camino que llevaba al desfiladero.

Fillmore se acercó a la muchacha.

—Parece sincero —murmuró—. Lo cual resulta difícil de creer en un tipo de su calaña.

—Pero quiere mis tierras —dijo ella.

—Si espera conseguir grandes beneficios, ¿por qué no? Imparcialmente hablando, es un deseo legítimo.

—De acuerdo, pero ¿por qué no quiere ser más explícito?

—Bueno, no tiene ganas de pagar demasiado... Esto suele ocurrir en los negocios. Puede que no sea demasiado ético, pero es legal.

—Sí, es legal, convino ella —aunque...

—De todas formas, si me lo permite, iré a hablar con su abuelo. Quizá él sepa algo que nosotros ignoramos. A fin de cuentas, es un veterano prospector, ¿no?

—En sus tiempos, de lo mejor.

El coche de Dillman se había adentrado ya en el desfiladero. Pronto llegaría a la salida, donde había una curva que lo ocultaría a la vista. Cuando rebosaba el paso, se vio una vivísima llamarada, seguida de un colosal chorro de tierra y humo.

Estupefacto, Fillmore vio saltar por los aires trozos del automóvil, junto con cuerpos humanos que parecían volar grotescamente. La gasolina se inflamó y largos chorros de líquido ardiente salieron despedidos en todas direcciones.

La tierra retembló, como consecuencia de la explosión, que pareció como si cien cañones hubiesen disparado a un tiempo. Luego, una espesa nube amarilla empezó a extenderse por la atmósfera limpia y sin nubes.

Sybil sintió que le flaqueaban las piernas. Fillmore se rehízo muy pronto.

—¿Tiene ahí un botiquín de urgencias? —grito.

—Sí, en el baño.

—Démelo. Iré a ver si hay supervivientes, cosa que dudo. Usted, mientras tanto, avise a la Policía.

Momentos después, Fillmore corría en su *jeep* hasta el desfiladero. Al llegar allí, vio un enorme hoyo en el suelo. Los restos del coche aparecían dispersos en un gran espacio. Más cerca, se veían cosas ensangrentadas que habían pertenecido a cuatro cuerpos humanos. Fillmore supo en el acto que ya no podría socorrer a nadie.

Luego sintió unas náuseas terribles y tuvo que esforzarse para no vomitar.

Los técnicos se afanaban en torno al lugar de la explosión. El forense había reconocido ya los restos humanos y los ayudantes sanitarios estaban cargándolos en ataúdes, que luego transportarían las ambulancias.

El teniente Marvin, seguido del sargento Morgan, entró en la cabaña. Fillmore les sirvió café. Sybil, abrumada, no había reaccionado todavía por completo.

—Hija, el teniente quiere hablar contigo —dijo el sargento Morgan.

Sybil asintió.

—Estoy dispuesta —contestó—. Pero me parece que es muy poco lo que voy a poder decirles.

—Uno de los expertos asegura que no había menos de cincuenta kilos de explosivo, en una mina oculta bajo la tierra. Ése es un trabajo que no se hace en media hora, señorita Glendale. ¿No ha visto ni oído nada extraordinario en los últimos días? —preguntó el oficial.

—No, en absoluto.

—El asesino debió de trabajar por la noche —opinó Fillmore.

—¿Usted cree? —dijo Marvin.

—Sí, seguro, sobre todo, si se tiene en cuenta que el perro fue envenenado. Sybil, si hubiera estado vivo, ¿habría notado la presencia de un intruso a quinientos pasos?

—Bueno, una noche, quizá no, pero sí a la siguiente y, sobre todo, si estuvo mucho tiempo trabajando, como parece que sucedió.

Fillmore extendió una mano.

—Ahí tiene la respuesta, teniente. Muerto el perro, el asesino pudo colocar su mina sin el menor obstáculo.

—Él suelo está reseco y polvoriento. Han pasado muchos coches, de modo que no se pueden buscar huellas de neumáticos —dijo Marvin pensativamente—. Va a resultar un caso endemoniadamente difícil.

—¿Cómo se provocó la explosión de la mina? —inquirió el joven.

—Los expertos aseguran que fue mediante una señal de radio. No han encontrado rastros de cable conductor y la hipótesis parece viable.

—Pero el receptor de la señal habrá quedado destruido...

—Sí, aunque siempre quedan rastros.

—Oiga, teniente, un aparatito de ésos, ¿no necesita una antena que sobresalga? Una varilla metálica, por fuera... Porque, de otro modo, Sybil o yo habríamos acabado por verla, en las distintas ocasiones que hemos atravesado el desfiladero.

Marvin asintió.

—Sí, pero pudo colocarla a un lado y ocultarla tras unos matojos secos. El receptor estaría unido por unos cables muy cortos a la mina y envió la señal al detonador, en el momento en que el asesino juzgó llegado el momento adecuado.

—De todas formas, una cosa es segura —dijo Fillmore—. Dillman queda descartado ya de este caso.

—Tendremos que fijar nuestra atención en Landshore —terció el sargento Morgan.

—Sí, investigaremos sus movimientos. Bien, señorita Glendale, por ahora, no quiero seguir molestándola. Sin embargo, tendré que interrogarla nuevamente.

—¿Sospecha de mí? —preguntó ella vivamente.

—Sybil, por Dios... —exclamó Morgan.

—Nada de eso, señorita; lo que sucede es que necesito reunir más datos de los investigadores y ahora usted se encuentra muy afectada —explicó el teniente—. Vámonos, Shewin.

Los dos hombres se marcharon. Fillmore, pensativo, empezó a cargar la pipa.

—Sybil, ¿sabe en qué estoy pensando?

—No soy telépata —dijo ella, sonriendo forzosamente.

—El profesor Wallenshoff murió de un certero balazo. No se ha encontrado el proyectil, porque le atravesó el cuerpo, lo cual indica que el asesino empleó un arma de gran potencia.

—Sí, eso mismo me dijo Morgan.

—Un fusil de caza y muy diestramente utilizado —continuó el joven—. Tan diestramente, como para acertar a un hombre a cien pasos y no consumir más que una bala. Y, de la misma forma, colocar diez o doce proyectiles en el tanque, desde cuatrocientos pasos de distancia. El asesino no desperdició un solo cartucho; recuerde que, a cada detonación, salía un chorro de agua.

—Eso es cierto, pero ¿adónde quiere ir a parar?

Fillmore arrimó un fósforo encendido a la cazoleta de su pipa. Comprobó que tiraba satisfactoriamente y contestó:

—¿Le parece bien que vayamos mañana en busca de huellas, hacia el sitio donde se apostó el tipo que agujereó el tanque de combustible?

—Desde luego —accedió la chica.

—Entonces, esté preparada para las nueve de la mañana.

—Estaré lista, Kewtie, —prometió Sybil.

Calló un momento. Luego, con aire pensativo, murmuró:

—Kewtie, ¿qué hay en estas tierras?

—Algo con el suficiente valor como para matar a un montón de

gente —contestó él con lúgubre acento.

Reeth Crandall miró con ojos recelosos al alto sujeto con monóculo negro que estaba ante la puerta de su apartamento. Fillmore hizo ondear un abanico de billetes de diez dólares y asintió finalmente.

—Pase —dijo.

Crandall se fue hacia una desvencijada consola y destapó una botella.

—¿Quiere? —invitó.

—No, gracias.

Fillmore esperó paciente. El sujeto despachó un vaso en dos tragos y se volvió hacia su visitante.

—Usted viene por el asunto de las tierras de North Hill.

—En efecto.

—Britten lo sabía. Por eso le mataron.

—Pero usted era su ayudante.

Crandall lanzó una risa amarga.

—Cargaba con las herramientas —respondió—. Hacía los trabajos duros... y eso es todo. No entiendo apenas de minerales. Pero me gusta cazar y ello me permitía llevarme la escopeta.

—Comprendo. ¿Sabe qué encontró Britten en North Hills?

El hombre asintió.

—Dijo que era enormemente valioso.

Crandall entró en el dormitorio y salió a poco con una piedra de color grisáceo, con vetas brillantes de tonos plateados.

—Estaban al otro lado de las colinas, en la ladera Norte —explicó—. Hay una especie de risco, al que es difícil de llegar, pero se puede si se tiene un poco de cuidado.

—De modo que esto es lo que encontró Britten.

—Sí.

—¿Le dijo lo que era?

—No recuerdo bien el nombre. Pero aseguró que en estos tiempos, valía tanto como el oro.

—Y, sin embargo, redactó un informe diciendo que el yacimiento de oro era muy rico. Crandall se encogió de hombros.

—Yo nunca me ocupé del papeleo —contestó—. Soy un tipo inútil.

Fillmore estudió unos momentos al sujeto. Sí, Crandall se había

autodefinido perfectamente. Era un hombre abúlico, quizá no cansado de la vida, pero sin esperar tampoco nada del futuro. Se tomaba las cosas con filosofía, resumió así su opinión del hombre.

—Gracias —sonrió—. No sabe cuánto le agradezco lo que acaba de hacer.

Los billetes quedaron sobre la consola. Fillmore pensó que valía la pena haber invertido cien dólares en conseguir un dato que podía influir sustancialmente en el asunto.

CAPÍTULO IX

Fillmore puso el pedrusco sobre la mesa y espió la reacción de Shelby. El prospector cogió la piedra y le dio unas cuantas vueltas con las manos.

—¿De dónde ha sacado esto? —preguntó.

Fillmore sonrió maliciosamente.

—No se preocupe —repuso—. Sólo quiero saber su opinión, aunque, desde luego, estoy dispuesto a abonar los honorarios justos por su trabajo.

—Muy bien, lo analizaré. Sin embargo, tendré que llevarme esta muestra a mí laboratorio. Aquí sólo tengo la oficina.

—Tómese el tiempo que quiera, pero déme una respuesta.

—Si lo desea, puedo anticipársela.

—¿De veras?

—Tengo buen ojo clínico, y perdone la inmodestia. Además, poseo la experiencia suficiente para saber qué hay en una muestra casi al primer vistazo. Me gradué en la Escuela de Minas de Colorado y con excelentes calificaciones.

—Eso dice mucho en su favor, señor Shelby. Le felicito.

—Gracias. Y yo a usted, por el hallazgo de este mineral.

—A la dueña, en todo caso. Sybil Glendale.

—Es cierto. Bien, cuando la vea, dígame que se trata de wolframio.

Fillmore emitió un silbido.

—Conque es eso —murmuró.

—Repito que debo confirmarlo, pero he visto demasiadas muestras de este mineral para equivocarme —contestó Shelby—. Si yo tuviese dinero suficiente, pagaría, de entrada, un millón por el yacimiento y estaría dispuesto, además, a discutir el porcentaje sobre los beneficios. Esa chica tiene una fortuna en sus tierras.

—Y no es oro.

—No, no es oro.

—Bien, se alegrará cuando se lo diga. ¿Tardará mucho en el análisis, señor Shelby?

—Llámemme mañana, por favor.

—Conforme.

Fillmore se puso en pie.

—Fue Britten quien encontró el yacimiento. ¿Le dijo a usted algo?

—Ya trabajaba por su cuenta —respondió el prospector.

—¿Cree que él pudo saber que se trataba de wolframio?

—Era un tipo listo y con bastante experiencia. ¿Por qué no?

—Sí, quizá tenga usted razón. Sin embargo, redactó un informe en el que se mencionaba una riqueza de oro en el yacimiento.

Shelby soltó una risita.

—Alguien deseaba leer un informe semejante, Britten lo sabía y le complació.

—A cambio de cinco mil dólares.

—Fue una estafa.

—Una última pregunta, señor Shelby. Aunque sé que será indiscreta, no puedo callarme. ¿Redactó un informe usted sobre el wolframio para Dillman?

—No. Si no lo sabía, ¿cómo iba a informar en ese sentido?

—Tiene usted razón —sonrió Fillmore—. Gracias por todo.

Salió del edificio, subió al *jeep* y emprendió la marcha hacia la hondonada.

Una pala mecánica había rellenado el hueco causado por la explosión de la mina. Cuando se bajó del coche, Sybil estaba ya aguardándole en la puerta de la cabaña.

—¿Qué tal ha pasado la noche? —preguntó.

—Con pesadillas —sonrió ella.

—Y eso que no vio nada.

—Pero me lo imaginé, Kewtie.

—Sí, el pensamiento, a veces, nos juega malas pasadas. Bien, Sybil, creo que ya sé lo que hay en estas tierras.

—¿De veras? —preguntó ella anhelantemente.

—Wolframio, y de él se extrae el tungsteno, con el que se fabrican los filamentos de las bombillas eléctricas. En aleaciones,

mejora los blindajes y refuerza el ánimo de las armas de fuego, con lo que éstas pueden disparar por más tiempo. Sin contar con los proyectiles de punta de aleación de tungsteno, cuyo poder de perforación es muy superior a los convencionales.

Sybil se quedó sin aliento.

—No me diga que todo eso está aquí, en mis tierras.

Fillmore señaló a lo alto de las colinas.

—Al otro lado —contestó.

—Ha averiguado muchas cosas —dijo ella, admirada.

—No puedo quejarme. Bien, ¿está dispuesta a emprender la excursión?

—Cuando guste.

Fillmore llevaba ahora un sombrero blando. Inmediatamente, echó a andar hacia el otro lado de la hondonada.

Después de remontar la ladera, caminaron por un trozo menos pendiente. De cuando en cuando, Fillmore se detenía y miraba hacia atrás.

Poco más tarde, los edificios desaparecieron de la vista. Sólo quedó visible la parte alta del tanque de agua.

Avanzó unos pasos más y el tanque empezó a dejar de verse, debido a la contrapendiente. Retrocedió de nuevo y se detuvo en un punto desde donde, tendido en el suelo, se veía solamente el depósito.

—Por aquí —dijo—. Es el lugar ideal y, además, está a unos cuatrocientos metros.

—La hondonada no se ve, por tanto, no pudo disparar desde aquí contra el profesor Wallenshoff.

—Lo hizo desde el lado opuesto y mucho más cerca de la casa. Bien, yo buscaré por la derecha y usted por la izquierda. Avíseme si ve cartuchos vacíos.

—¿Servirá de algo?

—El calibre de un arma puede ser idéntico, pero ningún percutor golpea el fulminante de una forma igual a otro. Se puede determinar qué fusil ha disparado un cartucho, de la misma manera que se hace con el proyectil cuando se recupera.

—Entiendo. Así, si lográsemos encontrar el otro cartucho...

—Tendríamos una buena pista, ¿no le parece?

—Vamos, no perdamos más tiempo —exclamó ella,

entusiasmada.

Se separaron inmediatamente. Cinco minutos más tarde, Sybil lanzó un grito:

—¡Kewtie, aquí!

El joven echó a correr. Sybil estaba parada junto a un matorral reseco, al lado del cual se veía un montoncito de brillantes cápsulas de metal.

—Agujereó el tanque desde aquí —dijo, mientras guardaba los cartuchos vacíos en una bolsita de plástico que había llevado a prevención—. Si pudiéramos encontrar el otro... Pero antes quiero ver una cosa. Sígame, por favor.

Sybil caminó detrás del joven. Unos momentos después, se detenían ante el borde del risco, en cuya base, según Crandall se habían encontrado las muestras de wolframio.

El risco no era absolutamente vertical y en algunos lugares se podía descender, siempre que se guardasen las debidas precauciones. Más allá, había un trozo llano, sin vegetación, en el cual se podían divisar todavía las señales dejadas por las ruedas de un automóvil.

—Vino por este lado y se marchó siguiendo la misma dirección —dijo Fillmore meditabundo.

Ella señaló la carretera que se veía a lo lejos, casi al final de la llanura.

—Va a la ciudad —dijo.

—Sí. El disparó contra el tanque, seguro de que no intentaríamos contraatacar. Aquí no se puede llegar en coche y, aunque hubiésemos corrido, ya estaría llegando a la carretera y no podríamos ver nada.

—Bueno —sonrió la chica—, ya hemos hecho bastante por ahora. ¿Qué le parece si regresamos a tomarnos una cerveza?

—Encantado. Pero luego tenemos que buscar el otro cartucho.

—Emplearemos el resto del día, si es necesario, Kewtie.

Cuando llegaban a la hondonada, oyeron un zumbido.

Fillmore elevó la mirada. Algo despidió un chispazo metálico en las alturas.

—Presiento que viene alguien por vía aérea —dijo.

—¿Otro ametrallador? —sugirió la chica.

—Pronto lo veremos. Pero esta vez, sin embargo, no es un

helicóptero.

Fillmore tenía razón. A los pocos momentos pudo ver que se trataba de un avión ligero. Un monomotor de cuatro plazas, pintado de rojo y plata. Perdía altura y volaba directamente hacia el campamento.

Fillmore agarró a la chica por un brazo.

—Sybil, será mejor que nos apartemos cuanto antes —aconsejó.

También ella se sentía aprensiva. Junto a Fillmore, corrió velozmente, apartándose ambos de la trayectoria del aparato, que se acercaba a doscientos cincuenta kilómetros por hora.

Cuando llegaban al otro lado de la cabaña, Fillmore volvió la cabeza. Entonces divisó un hueco en la panza del avión. Inmediatamente, empezaron a caer unas cosas oscuras. Parecían cajas de metal, muy pesadas, y descendían raudamente, haciendo ondear una delgada cinta de tela. La primera tocó el suelo y se deshizo en un tremendo fogonazo, seguido de una espantosa detonación.

—Échate, Sybil —ordenó el joven.

Cinco cajas más cayeron y las explosiones se sucedieron rapidísimamente. Una de ellas estalló junto al cobertizo de las herramientas, que voló por los aires en millares de fragmentos.

La atmósfera se llenó de polvo y humo, mientras el suelo vibraba como si estuviese sacudido por un terremoto. El aparato remontó el vuelo, ascendiendo a gran velocidad, mientras el piloto iniciaba un ceñido viraje.

—Cielos, esto parece un bombardeo auténtico —exclamó Sybil.

—Es un bombardeo auténtico —dijo él ceñudamente. De pronto, hizo una pregunta que a la muchacha le pareció absurdamente incongruente—: ¿Tienes en casa salsa de tomate?

—Sí, claro...

—No te muevas.

Agachado, Fillmore corrió hacia la cabaña, entró en la cocina y resolvió apresuradamente la alacena. Cuando encontró el frasco deseado, se dispuso a salir.

El avión estaba en aquellos momentos a unos quinientos metros y se disponía a dar una segunda pasada. Fillmore volvió corriendo y se tendió en el suelo, junto a la chica.

—Extiende los brazos y dobla una pierna —ordenó.

Ella obedeció. Fillmore arrojó en su cara y cuello un poco de aquella salsa de color rojo estridente. Luego se manchó a sí mismo, tiró el frasco y se tendió a dos o tres pasos de la chica, en una postura análoga.

El avión enfiló de nuevo la hondonada. Fillmore y Sybil oyeron claramente el rugido del motor cuando el piloto aceleró para dar su segunda pasada.

—¿Y si nos tira más petardos? —dijo ella.

—Ha gastado seis. No creo que lleve más a bordo.

—Quizá tienen un fusil.

—Serviría de muy poco en un avión que vuela tan rápido. Ah, ahí lo tenemos. ¡No te muevas!

El aparato pasó, levemente inclinado de ala hacia la izquierda. Detrás de los cristales, Fillmore, que tenía los ojos muy abiertos, vio al piloto con gafas de sol, examinando detenidamente lo que había en el suelo.

Segundos después, el avión empezaba a ganar altura. El ruido del motor se fue alejando, hasta cesar del todo.

—Ya se ha ido —dijo el joven—. Nos ha visto quietos y con manchas rojas, y eso es más que suficiente.

—Habrá creído que estamos muertos —manifestó ella, mientras buscaba un pañuelo para limpiarse la cara.

—Eso es lo que me proponía. —Fillmore alargó la mano, recogió el monóculo, que había dejado en el suelo, lo limpió un poco y volvió a ponérselo—. Un hombre muerto afloja los músculos de la cuenca orbital —explicó sonriendo.

Se pusieron en pie. Sybil dijo que deberían lavarse un poco. Fillmore señaló la casa.

—Será mejor que hables con el sargento Morgan —aconsejó—. No he podido tomar la matrícula del avión, pero pueden averiguar qué aparatos han volado a estas horas.

—Es una buena idea. Kewtle.

Sybil entró en la casa. Fillmore fue a un grifo que había en el exterior y se lavó la cara. Cuando estaba secándose, oyó la voz de la chica:

—¡Kewtle! No puedo comunicarme con Morgan.

Fillmore alzó la cabeza.

—¿Qué sucede?

Ella señaló los cristales de las ventanas.

—La casa ha resistido, pero algunas piedras entraron y una de ellas ha causado desperfectos en el transmisor —explicó.

—Bien —dijo él filosóficamente—, de todos modos, no habríamos podido hacer gran cosa. Aunque detuvieran al piloto, ¿cómo probar que nos ha bombardeado?

—Pero si conocemos su Identidad, algo podremos averiguar, ¿no te parece?

—Eso es muy cierto. —Fillmore sonrió—. ¿Te sientes con ánimos para buscar el otro cartucho de la bala que mató a Wallenshaff?

—Mi abuelo dice a veces que soy dura como el diamante.

—Alguien pensará un día que eres tierna como un bizcocho recién sacado del horno.

Ella se sonrojó.

—Es posible. Oye, ¿qué clase de bombas nos ha lanzado ese tipo?

—Simplemente, dinamita. Creo que preparó unos mecanismos detonadores por simple fricción. Es decir, al lanzar las cajas, éstas se hallaban sujetas por sendas cintas a alguna parte del avión. El peso de la caja, acaso lastrada, hacía que la cinta tirase del mecanismo de fricción y, seguramente, llevaba una espoleta de tiempo de unos cinco segundos.

—Lo cual significa que es un entendido en explosivos.

—De eso no me cabe la menor duda. Pero no le dejaremos que se salga con la suya, ¿verdad? —dijo el joven con brillante sonrisa.

—Está perdiendo el tiempo —aseguró Sybil.

CAPÍTULO X

El viejo movió un poco su brazo izquierdo y luego lanzó un gruñido de descontento.

—Si no fuese por ese maldito remo... De modo que las cosas van peor cada día, ¿eh? Fillmore hizo una mueca.

—No se puede decir que mejoren, pero tampoco tenemos motivos para desesperarnos —contestó—. Señor Glendale, dígame, aparte de Dillman y de Landshore, ¿quién más ha intentado comprarle su propiedad?

—Nadie, salvo esos dos hijos de perra, uno de los cuales, por fortuna, está fregando la vajilla de Satanás. Pero no quiero vender.

—Sybil tiene ahora poderes —le recordó él.

—Bueno, lo hice por si no podía salir adelante de este mal trago. La chica tampoco venderá.

—¿Por el oro de la mina?

—¿Por qué otra cosa podría ser, muchacho?

Fillmore meneó la cabeza. ¿Cómo persuadir a aquel viejo recalcitrante de que el yacimiento no podía dar oro suficiente para considerar rentable su explotación?

—Señor Glendale...

—¿Sí, chico?

El joven le miró fijamente.

—Vamos a ser sinceros —dijo—. Esas tierras son tuyas.

—Oh, sí, las compré hace muchísimos años por una miseria. Encontré rastros de oro y decidí establecerme allí.

—Muy bien. Pero, en total, ¿cuánto oro ha conseguido?

Glendale remoloneó.

—Bueno, la verdad... no demasiado... Podíamos ir tirando...

—He visto una escopeta en la cabaña. ¿Salía de caza alguna vez?

—Sí, abundan los conejos y las liebres.

—¿Tuvo, en tiempos, otros compradores?

—Algunos se interesaron, es cierto.

—Pero no cerraron el trato.

El viejo volvió la cabeza.

—No me hagas más preguntas —rezongó.

—Tengo que seguir hasta el final. Porque usted pudo haber vendido perfectamente esas tierras y no lo hizo, y de este modo, Sybil tuvo que abandonar sus estudios. Eso no es altruismo precisamente.

—Presiento que un día encontraré la veta madre. Entonces, Sybil tendrá todo lo que pueda desear; joyas, pieles, diamantes, un yate...

—Oh, basta, basta ya de soñar —cortó el joven, enojado—. ¿Cuántas veces «saló» usted la mina?

—¿Cómo diablos lo sabes? —chilló Glendale.

—He examinado el yacimiento en más de una ocasión. Usted cargó la escopeta con cartuchos que tenían oro en lugar de perdigones. Es un truco tan viejo... bueno, quiero decir que se empleó ya en cuanto hubo escopetas de caza y primos a los cuales engañar.

¿Quién era el «palomo» en esta ocasión?

El anciano dudó un poco. Volvió la cabeza, rezongó algo entre dientes y luego gruñó:

—Estaba en tratos con la «Universal Continental Mining», de San Francisco. Esperaba conseguir medio millón, Sybil habría podido terminar sus estudios.

—¿Fue algún experto de esa compañía minera a su yacimiento?

—Sí, pero...

—Pero no se dejó engañar.

—¿Qué pasó después?

—Estuvo unos cuantos días recorriendo la propiedad, con sus malditos chismes: detectores de metales, el Geiger para la radiactividad... y luego se marchó.

—¿Recuerda el nombre?

—Skane, Dick Skane.

—Gracias, abuelo.

Fillmore se puso en pie. Los dos hombres estaban solos en la habitación del hospital. Fillmore miró a derecha e izquierda y luego sonrió.

—Me parece que aquí no le dan de beber en las comidas, ¿eh?

Discretamente, sacó un frasquito plano del bolsillo de su cazadora y lo puso bajo la almohada.

—Que no lo vea la enfermera —dijo con aire de complicidad.

El viejo le guiñó el ojo.

—Gracias... nieta —contestó.

Fillmore fue al hotel donde se alojaba, subió a su habitación y pidió una conferencia de larga distancia. Minutos más tarde, estaba en contacto con las oficinas de la «Universal Continental Mining».

—Deseo hablar con el señor Skane. Soy el profesor Fillmore de la Universidad de Carolina del Sur —dijo.

—Lo siento, profesor —contestó una voz de mujer—. El señor Skane se encuentra ausente en estos momentos, por motivos de su profesión. Lamento mucho no poder informarle del lugar en que se encuentra; son normas de la casa.

—Bien, de todos modos, cuando hable con él, dígame que se ponga en contacto conmigo, aunque no mencione el lugar en que se encuentre. Eso no me interesa en absoluto. ¿Comprendido?

—Sí, profesor; haré todo lo que pueda.

Fillmore consultó su reloj. Hizo una mueca de disgusto; tenía el tiempo justo para acudir a la cita concertada con un distinguido oculista.

—Eso está muy bien —dijo el oftalmólogo, pasados unos minutos—. Dentro de unas semanas, no le quedará el menor rastro. Pero, por Dios, profesor, sea otra vez más cuidadoso con los ácidos.

—Sí, tiene razón, me descuidé en aquel análisis... Llevaba guantes de goma, por supuesto, pero ya sabe lo que pasa a veces; a uno le pica el ojo, se rasca...

—Y tenía los dedos del guante mojados en ácido.

—Exactamente.

—Pudo haber perdido la visión, profesor. —El médico estaba ya lavándose las manos—. Por fortuna, se bañó el ojo en agua abundante y eso evitó un daño mayor. Puede desprenderse del monóculo, si quiere, pero aún tendrá que usar lentes de color, al menos, durante el día o si está en un lugar brillantemente iluminado.

—Gracias, doctor.

—Y no deje de aplicarse las gotas que le he dado tres veces al día, por lo menos.

—Sí, doctor.

Fillmore salló a la calle minutos más tarde, muy satisfecho del examen médico. El oculista tenía razón; había estado a punto de perder aquel ojo.

—Si no hubiera sido tan distraído...

De pronto vio un coche parado junto a la acera. Alguien le hizo una señal para que se acercase.

Era Landshore. El sujeto abrió la portezuela.

—Entre, profe.

Fillmore obedeció, lleno de curiosidad. Landshore hizo un gesto y el coche se puso en movimiento Inmediatamente.

—Bill, danos una vuelta —ordenó al conductor.

—Sí, jefe.

Landshore sacó un grueso cigarro y se lo ofreció al joven.

—Fumo en pipa —contestó Fillmore.

—Como guste.

Durante unos momentos, Landshore se dedicó al rito de encender el cigarro. Después de comprobar que tiraba satisfactoriamente, se reclinó en el asiento y volvió la cabeza hacia su acompañante.

—Profesor, ¿quiere ganarse cien mil?

Fillmore hizo un gesto de sorpresa.

—¿Qué he hecho yo para merecer semejante oferta? —se extrañó.

—Tiene una buena amistad con Sybll Glendale. Convénzala para que venda y esa cantidad será suya en el acto. Dígale a la chica que estoy dispuesto a pagar hasta medio millón por las tierras.

—¿Seguro?

—Tan seguro como el humo de este cigarro. ¿Qué me contesta, profe?

Fillmore se acarició el mentón.

—¿Qué hay de valioso en North Hllls, que le impulsa a desprenderse de seiscientos mil dólares?

Landshore soltó una risita.

—Deje eso de mí cuenta. Usted, ocúpese de convencer a la chica. El resto no le interesa en absoluto. —Expulsó una bocanada de humo—. Los Glendale están sin blanca. Ella podría acabar así sus estudios y al viejo le quedaría una buena renta anual. Piense en eso

y verá cómo es la solución más razonable.

—Evin, usted no invertiría tanto dinero, si no esperase ganar, por lo menos, el doble o más. ¿Me equivoco?

—Así son los negocios, profesor.

—Y usted hace esa oferta porque ha conseguido informes sobre North Hills.

—Sí, pero no le diré qué hay en esos informes.

—Si piensa en el oro, deseche la idea.

—No pienso en el oro.

El joven sonrió.

—Apuesto los cien mil pavos contra uno a que ha hecho que me siguieran a todas partes.

—Modestia aparte, soy un poco más listo que Dillman, quizá porque era menos poderoso que él. Dillman se basaba más en la fuerza bruta. Así le lució el pelo.

—Y usted pretende jugar la carta de la astucia.

—La estoy jugando.

—¿Apostamos otros cien mil a que ha estado hablando con un tal Crandall?

Landshore se puso serio repentinamente.

—Profesor, creo que ya hemos hablado bastante. Déme una respuesta.

—¡Para, Bill!

El conductor obedeció automáticamente. Antes de que el sorprendido Landshore pudiera evitarlo, Fillmore estaba ya fuera del coche.

—Lo siento, Evin, no hay trato —dijo, a la vez que cerraba de golpe la portezuela del vehículo—. ¡Arranca Bill! —ordenó.

Landshore lanzó una obscena interjección, pero su chófer estaba habituado a obedecer sin rechistar y pisó el acelerador en el acto. Fillmore quedó en la acera, sonriendo burlonamente.

Sacó la pipa y la sujetó con los dientes. El coche de Landshore se detuvo veinte metros más adelante, ante la luz roja de un semáforo.

Una vieja furgoneta se detuvo a su derecha. Cuando el semáforo viraba a verde, alguien sacó una pistola por la ventanilla de la furgoneta y disparó unas cuantas veces contra la parte posterior del coche.

Desde donde estaba, Fillmore pudo ver a Landshore saltar en el

asiento un par de veces, para derrumbarse luego como un inanimado montón de trapos. La furgoneta parecía vieja, pero debía de tener un potentísimo motor, porque desapareció de allí antes de que nadie tuviera tiempo de darse cuenta exacta de lo que había sucedido.

Más tarde, el sargento Morgan hizo un reproche al joven:

—Profesor, ¿cómo se las arregla usted para encontrarse siempre en las inmediaciones de un crimen?

—No lo sé —contestó el joven—. Debe de ser porque atraigo la muerte, como el pararrayos atrae la chispa eléctrica.

—Sí, algo parecido —gruñó Morgan, haciendo una mueca.

—Pero, aunque no hubiese venido a buscar huesos prehistóricos, ¿no cree usted que también se habrían producido estos asesinatos?

Morgan emitió un bufido. Fillmore pensó que debía distraerse un poco y pensó en Clemmie.

CAPÍTULO XI

Llenó un pocilio con café caliente, añadió un dedo de *whisky* y se lo entregó a su visitante.

—Estás muy preocupado —observó Clemmie.

—Tengo motivos para estarlo —contestó él desanimadamente.

—El mundo no ha perdido nada —dijo Clemmie—. Landshore estaba ya maniobrando para convertirse en el sucesor de Dillman. Alguien ha hecho una buena limpieza de la ciudad, créeme.

Clemmie agitó los periódicos que él había traído.

—La Policía anda loca, pero ¿qué pasará? El ruido cesará un día u otro y nadie se acordará de esos granujas.

—Es probable, pero debes tener en cuenta que murió un hombre honrado.

—Wallenshoff.

—Sí. Era una celebridad mundial. Aunque sólo sea por él, la Policía no podrá seguir encogiéndose de hombros.

—Alguien debió de confundirle con un prospector que buscaba oro, ¿no te parece?

—Eso es lo que pienso yo. Wallenshoff fue siempre un hombre muy impaciente. Le enviaron unas muestras de lo que hay en la cañada y no quiso esperar un día más.

—Estaría vivo si se hubiese comportado con más mesura.

—Justamente. Clemmie, ¿quién diablos pudo matar a Landshore?

—No lo sé. —Ella agitó la cabeza—. Han encontrado la furgoneta abandonada. Tenía la matrícula falsa y no hay huellas en su interior. El asesino utilizó guantes. Se supone que la dejó en las inmediaciones de su coche, con el que huyó después de abandonar la furgoneta.

—Es decir, tenía planeado el crimen.

—Hay motivos para pensar así, ¿no crees?

Fillmore empezó a cargar la pipa.

—Clemmie, Landshore me ofreció una cifra considerable, para que tratase de convencer a Sybil de la venta de sus tierras. ¿Piensas que Crandall pudo haberle informado de lo que hay realmente en North Hills?

—¿Por qué no? Reeth tiene todos los defectos. No mataría a una mosca, porque le aterroriza la violencia, pero sería capaz de traicionar a su padre por diez centavos.

Y le contó a Landshore lo que había encontrado Britten.

—¿Es de veras importante ese yacimiento?

—Puede producir millones, Clemmie.

Ella puso los ojos en blanco.

—Me dan ganas de vender mi participación en el restaurante y comprar acciones en la mina —dijo.

—No te lo aconsejo. El restaurante es un negocio que no flojea nunca.

—Era sólo un comentario. Oye, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro.

—¿Es cierto que los dinosaurios vivieron hace setenta millones de años?

Fillmore respingó, porque no había esperado que Clemmie se interesase por la Paleontología.

—Bueno, no se puede afirmar una fecha exacta —respondió.

Clemmie se le sentó en las rodillas y le echó los brazos al cuello.

—Yo soy un poco más joven —dijo intencionadamente.

—Tengo esa impresión —contestó él.

—Soy sesenta y nueve millones, novecientos noventa y nueve mil, novecientos treinta y ocho años más joven.

«Te quitas tres o cuatro años, pero no se nota», pensó Fillmore.

Y dejó que la ardiente boca de Clemmie se apoderase de la suya. Ella lanzó un profundo suspiro mucho más tarde.

—¿Quién diablos piensa ahora en dinosaurios?

Sybil salió a la puerta de la cabaña y encañonó con el rifle al recién llegado.

—No tengo nada que hablar con usted. ¡Lárguese!

Fillmore sonrió, a la vez que levantaba las manos.

—¿Es que ya no me conoces? —preguntó.

Ella le miró estupefacta.

—¿Dónde está el monóculo?

—Ya no lo necesito. El oculista me dijo ayer que mi ojo está recuperándose rápidamente y que puedo usar ahora lentes de color ahumado.

—Pero yo creí...

—¿Creíste que era tuerto? —Fillmore se echó a reír—. Sucede que me descuidé hace tiempo en unos análisis y estuve a punto de quemarme el ojo con ácido. Me quedó una visión muy sensible a la luz y me aconsejaron llevarse el ojo tapado con un cristal muy fuerte de color. Pero no me gustaba la idea de llevar lentes con dos cristales distintos.

—Y elegiste el monóculo.

—El que tú viste era ya el tercero de la serie, cada vez menos opaco, y era negro por fuera, pero podía ver desde el interior. Así equiparaba la luz que recibían los ojos.

Sybil le hizo una seña con la mano.

—Ven aquí, a la sombra.

Fillmore se acercó. Ella dejó el rifle apoyado en la pared y luego le quitó los lentes ahumados.

—Eres más guapo de lo que pensaba —sonrió.

—Gracias —contestó él.

—Y me alegro muchísimo de que tengas visión en los dos ojos.

—Pero, con uno solo, no te disgustaba, ¿verdad?

Sybil se ruborizó.

—No hagas preguntas indiscretas —dijo—. ¿Quieres un poco de café?

—Se agradecerá.

Entraron en la casa. Mientras ella ponía la cafetera al fuego, Fillmore se acercó a la ventana y contempló el desolado aspecto de las colinas que se divisaban desde allí, al otro lado del tanque de agua.

—¿Te has enterado de lo que pasó ayer? —preguntó.

—Sí. Vi cómo lo asesinaban.

—Es horrible. Y todo eso, por unas tierras que no tienen...

—Alguien cree que son muy valiosas. Landshore también lo creía así.

—¿Cómo lo sabes?

—Estaba dispuesto a pagar medio millón.

—¡Jesús! ¿Es cierto?

—Al menos, eso dijo. A mí me daría cien mil por convencerte de que vendieses.

—¿Lo habrías hecho, Kewtie?

—No. En primer lugar, porque estas tierras no lo valen, salvo por una circunstancia. Y, en segundo, habría sido tanto como traicionarte. Aparte de que, por fortuna, no necesito el dinero.

—De modo que las tierras no valen, salvo por... ¿por qué, Kewtie?

—Agua.

—¡Je! —rió ella amargamente—. Antes encontrarás oro que agua —dijo sarcástica—. Y no querías traicionarme...

—Uno no traiciona jamás a la mujer con la que piensa casarse, Sybil.

La chica se volvió rápidamente.

—Kewtie, repite eso —pidió.

—Ya está dicho. ¿Alguna objeción?

—Si todo esto sale bien, tendré que matricularme de nuevo en la Universidad.

—Conozco a alumnas casadas, aunque no con profesores. Además, podrías ayudarme en mis excavaciones durante una temporada. Al terminar, volveríamos a la Universidad, yo a mis clases y tú a conseguir el título.

—Me parece un panorama estupendo —sonrió Sybil.

—Entonces, aceptas.

—Claro que sí, tonto.

—Bien, esto es como un contrato para toda la vida... y cuando se establece un contrato, hay que celebrarlo de alguna manera.

Fillmore avanzó hacia la chica y la abrazó fuertemente. Sybil no se mostró remolona para dejarse besar y él supo así que ella lo estaba deseando desde hacía mucho tiempo. Durante un buen rato, estuvieron estrechamente abrazados. Sybil había quedado de espaldas a la ventana. Al separarse un poco, Fillmore miró casualmente por encima de su cabeza y vio algo que le hizo fruncir el ceño.

—¿Qué es eso? —exclamó.

Sybil se volvió y divisó la línea de color oscuro que ascendía por encima de las colinas, como un trazo casi negro en un cielo sin una

sola nube.

—¡Es humo! —exclamó.

Fillmore se encaminó hacia la puerta.

—Esta vez —dijo—, yo llevaré el rifle.

Lentamente, con grandes precauciones, se asomaron por el borde del otro risco y vieron a un hombre sentado en un pedrusco, con un plato en las manos. Al lado había una hoguera, de la que ya no salía humo, y sobre las brasas, una cafetera.

El humo, adivinó Fillmore, había sido originado al encender el fuego. Luego, cuando las llamas prendieron en las ramas secas, se había disipado.

El sujeto no se había percatado de su presencia. Fillmore hizo un gesto.

—Déjame, Sybil —murmuró.

Apuntó un poco más allá de la hoguera y disparó. El hombre dio un tremendo bote. Sobresaltado, dejó caer el plato al suelo y se puso en pie.

—Eh, oigan...

—Llámalo, Sybil —dijo el joven.

—Suba aquí Inmediatamente —ordenó ella—. O le romperemos una pata de un balazo.

—No hago daño a nadie.

—Está en mis tierras y yo no le he dado permiso. Soy Sybil Glendale.

El desconocido pareció sentirse Incómodo de repente.

—De veras, Ignoraba que...

—Suba y hablaremos —exigió Fillmore.

—Está bien.

El Intruso buscó un sendero en el escarpado y empezó a trepar. Momentos después, llegaba a la cima.

—No estoy armado —manifestó.

—¿Cómo se llama? —preguntó Fillmore.

—Dick Skane.

—¡Skane!

—Sí. ¿Me conoce?

—Ayer Intenté hablar con usted, pero me dijeron que estaba fuera y que no podían Informarme de su paradero. Soy el profesor Fillmore.

Skane meneó la cabeza.

—No he tenido contacto con mi oficina desde hace cuarenta y ocho horas —declaró—. ¿Puedo saber qué sucede, profesor?

—Kewtle, creo que en casa hablaríamos con más tranquilidad —sugirió la chica.

—Sí, es cierto. Venga con nosotros, señor Skane. Y no se preocupe por su coche y sus Instrumentos; luego podrá volverá recogerlos.

—Estaba comprobando cierto mineral... —dijo el prospector.

Fillmore sonrió maliciosamente.

—Wolframio.

—Exacto. ¿Quién se lo ha dicho? —preguntó Skane, sorprendido.

—El terreno es muy árido, pero hay pajaritos. ¿Verdad, Sybil?

—Sí, Kewtle —contestó la chica.

—De modo que usted es la propietaria —dijo Skane.

—Hasta que mi abuelo salga del hospital. ¿Le dijeron que esas tierras de la base del risco no tenían dueño?

—Así lo creía hasta ahora.

—¿Quién le mintió, Dick? —preguntó Fillmore.

—En todo caso, alguien le mintió al presidente de la compañía. Yo sólo obedezco órdenes.

—Pero no es la primera vez que está aquí.

—Eso es cierto. Aunque tengo contrato con la compañía minera, a veces hago trabajos por mí cuenta. Pero si veo que puede interesarle a mí compañía, informo debidamente y así me gano un sobresueldo. Solamente me callo si veo que la cosa no interesará a la Universal Intercontinental.

—Y esto interesará a su compañía —dijo Fillmore.

Skane volvió la cabeza un poco y le miró de reojo.

—¿Está de broma? —contestó.

Sybil empezó a presentir la verdad y esperó a que el joven continuase la conversación. Pero Fillmore se limitó a sonreír, dando la callada por respuesta.

Minutos más tarde, llegaban a la cabaña. Cuando se disponían a entrar, alguien salió del interior y les apuntó con un fusil de caza.

—Será mejor que se queden —ordenó.

Fillmore no se inmutó.

—A decir verdad, esperaba verle por aquí muy pronto, señor Shelby —dijo tranquilamente.

CAPÍTULO XII

A Sybil le fue imposible contener una exclamación:

—¡De modo que era él!

—Sí —confirmó el joven—. Seguíamos falsas pistas, porque eran otros los que parecían más Interesados en estas tierras. Pero sólo un nombre como Shelby podía ser el autor de todos estos crímenes.

—No lo repetirán a nadie —dijo— el prospector torvamente. Skane se sobresaltó.

—¡Este hombre piensa matarnos a todos!

Shelby le dirigió una mirada llena de desprecio.

—Le hice una buena proposición. Podíamos habernos ganado fácilmente un millón cada uno, pero, maldita sea, es usted demasiado honrado.

—De modo que ya habían tenido contactos —dijo Fillmore.

—Sí —admitió Skane—. Pero yo rechacé de plano sus proposiciones. Nunca me gustaron los fraudes en la minería. Y no hay aquí wolframio para fabricar una bombilla.

Las manos de Shelby se crisparon en torno al fusil.

—No lo repetirá a nadie, condenado hijo de perra —barbotó.

—Shelby, voy a hacerle una advertencia.

Fillmore no pudo continuar. El asesino gritó:

—¡Cállese! Usted, maldito, vino a estropearlo todo.

—Lo estropeó usted en el momento en que decidió matar al profesor Wallenshoff —dijo el joven serenamente.

—¡Nunca lo podrán probar!

—En eso se equivoca. Encontramos los cartuchos vacíos en el sitio donde estuvo tiroteando el tanque de agua. También tenemos otra cápsula, hallada en el lugar donde disparó contra Wallenshoff. ¿Ha oído hablar alguna vez de la comparación microscópica de las señales del percutor en el fulminante?

Shelby se desconcertó.

—No lo creo.

—Se ve que es usted un ignorante en ciencia criminológica —dijo Fillmore—. Pero, en cambio, es un experto en dinamita. Como lo demuestra la mina con la que eliminó a un competidor. Y el bombardeo con que nos obsequió, desde su propio avión, el que usa a veces para desplazamientos a gran distancia y a lugares donde no hay líneas regulares de aviación.

—Eso es muy cierto. —Shelby sonrió malignamente—. Y dentro de unos minutos voy a tener ocasión de demostrarles una vez más mi pericia con la dinamita.

—También es experto con las armas de fuego. Britten diría algo si pudiera hablar, ¿no es cierto? Le ayudó a «salar» el risco con wolframio, pero luego le pidió más de lo convenido y usted se dijo que no podía tolerarlo.

—Pero Britten redactó un informe sobre la existencia de oro en el yacimiento —alegó Sybil.

—Lo hizo para sacar dinero a Landshore. Como el señor Shelby, era un desaprensivo, aunque no hasta el extremo de llegar al asesinato.

Shelby movió el fusil.

—Skane, ahí encontrará unas cuerdas. Ate las manos de esa pareja a la espalda —ordenó—. No se niegue, porque le pegaré un tiro aquí mismo.

El prospector obedeció en silencio. Cuando terminó, Shelby le dio un golpe con el cañón del fusil en la cabeza. Skane cayó de rodillas, no desmayado, pero sí lo suficientemente aturdido como para impedir que el asesino le atase también las manos a la espalda.

Luego esperó un poco a que Skane se hubiera recuperado. Agarrándolo por un brazo, le obligó a ponerse en pie, empujándole a continuación hacia adelante.

—Vamos, caminen todos —rugió.

—¿Qué es lo que pretende? —preguntó Sybil por encima del hombro.

—En su mina se va a producir un accidente. La Policía lo achacará a inexperiencia en el manejo de la dinamita —contestó Shelby.

—Y todo el mundo pensará que es cierta la existencia de oro en la mina.

—Es lo que todos creen, ¿no?

Cuando cruzaron la bocamina, Shelby encendió una lámpara eléctrica que había dejado allí prevenida. Unos cien metros más adelante, dio una orden:

—Todos boca abajo.

Momentos después, ataba tres pares de tobillos con una misma sogá. Al terminar, se incorporó.

—La dinamita explotará dentro de cinco minutos, exactamente —anunció—. Es inútil que intenten desconectar el mecanismo de ignición; sé cómo hacer estas cosas y lo único que conseguirían sería adelantar el momento de la explosión.

—Y así aprovechará para escapar, ¿no es cierto? —dijo Fillmore.

La respuesta fue una carcajada burlona, que a Sybil le pareció salida de la garganta de un demonio. Luego, sonaron pasos que se alejaban con rapidez.

—¿Y ahora? —dijo Skane tristemente.

Fillmore no había perdido el ánimo.

—Shelby nos ha dado cinco minutos. Estamos atados de pies y manos, pero no nos ha atado, además, a ningún poste del entibado, lo que habría complicado la situación. Vamos a arrastrarnos hacia afuera; es la única solución posible. ¡Vamos, vamos!

Estaba en el centro, pero tiró de sus dos compañeros, dándoles ánimos a la vez que reptaba en una posición increíble.

El suelo era muy irregular y estaba sembrado de pedruscos, cuyo contacto arrancó a Sybil más de un grito de dolor.

Skane respiraba dificultosamente. Un poco más adelante, vieron la caja con el explosivo. En la pared y en el suelo de aquel punto se divisaban algunas manchas de humedad. Había una especie de nicho o hueco, en el que, sin duda, el abuelo de Sybil había estado trabajando últimamente. Incluso se veían herramientas, abandonadas precipitadamente.

—¡Animo, ánimo! —dijo Fillmore—. Nos queda ya muy poco tiempo.

La boca del túnel parecía infinitamente alejada. Fillmore llegó a temer que Shelby se hubiera apostado en el otro lado de la cañada, para impedirles salir a tiros. Si era así, lo iban a pasar muy mal.

—Estamos llegando —gritó en una ocasión—. Ahora, intentemos levantarnos. Yo lo haré el primero.

Flexionó las rodillas y, tras un par de tambaleos, consiguió ponerse en pie.

—Los tobillos de cada uno están separados por un trozo de cuerda de unos cuarenta centímetros dijo. —Ahora, saltaremos todos a la vez, cuando yo lo diga.

Sybil le miró ansiosamente.

—Tú no pierdes nunca la esperanza —dijo.

—Estoy vivo —contestó él llanamente—. ¿Preparados para saltar? ¡Ahora! ¡Ahora! ¡Otro salto...! ¡Más, más...!

Marcando el ritmo de los saltos, consiguió llevarlos hasta la salida.

—¡A la izquierda! —rugió.

Había allí algunos pedruscos de grandes dimensiones, caídos del risco. Fillmore empujó a la muchacha con el hombro. Sybil cayó gritando. Skane se lanzó hacia adelante.

—¡No quedan ni veinte segundos! —aulló.

Cuando se dejaba caer, Fillmore vio dos cosas, en una infinitesimal fracción de segundo. Shelby salía en aquel momento de la cabaña. Llevaba el rifle en una mano y unos papeles en la otra. Y, por el camino que llegaba del desfiladero, subían a todo correr dos coches de la Policía.

Entonces se produjo la explosión.

La tierra vibró sordamente. Dentro de la mina se oyeron terribles crujidos y ruidos de derrumbamiento. Una poderosa bocanada de aire caliente, que olía a explosivo quemado, brotó por la entrada, junto con una violenta nube de polvo y humo. Cayeron más piedras del risco.

Luego, poco a poco, todo se tranquilizó. Fillmore se arriesgó a levantar la cabeza.

Los policías se habían apeado de los coches, dispersándose... Shelby corría, volviéndose de cuando en cuando para disparar su fusil. Sonaron numerosas detonaciones.

De pronto, Shelby dejó caer el arma y agitó las manos con desesperación. Dio unos traspiés y luego se derrumbó de bruces al suelo, en donde se quedó inmóvil.

Fillmore se arrodilló.

—¡Policía, eh, aquí! —gritó.

Varios hombres de uniforme corrieron hacia ellos. El sargento

Morgan iba en cabeza.

—Sybil, me parece que ya no tenemos nada que temer —dijo el joven.

Morgan llegó muy pronto.

—¡Rayos! ¿Qué diablos están haciendo aquí?

—Sargento, será mejor que busque una navaja —contestó Fillmore—. Las explicaciones vendrán más tarde.

—¿Ha muerto Shelby? —preguntó Skane.

—Creo que sí —dijo Morgan—. No tuvimos otro remedio; nos disparó cuando le intimamos a entregarse.

Uno de los policías sacó una navaja y empezó a cortar las ligaduras. Morgan se asomó un instante a la mina y regresó de nuevo junto a ellos.

—Se han salvado por los pelos —sonrió.

—Hemos pasado un rato infernal —dijo Sybil—. No se lo desearía ni a mí peor enemigo, créeme, Shewin.

—¿Cómo han aparecido tan oportunamente, sargento? —preguntó Fillmore.

—Hemos investigado mucho —repuso el aludido—. Al fin, conseguimos averiguar que el avión que les bombardeó a ustedes era el de Shelby. Éste tiene su laboratorio y almacenes de material en un rancho situado a veinte millas al norte de la población. También dispone de una pista propia de aterrizaje. El encargado se resistía a hablar, pero al fin conseguimos arrancarle la verdad. No sabía nada de lo que hizo Shelby, pero le era fiel.

—Un sentimiento digno de admiración —calificó el joven—. Naturalmente, habrán encontrado allí explosivos.

—Forman parte del material de prospecciones, así como relojes y sistemas de ignición de todas clases. Era un verdadero experto y, si compraba dos o trescientos kilos de dinamita, a nadie le extrañaba, porque, a fin de cuentas, era algo corriente en su oficio.

—Mi compañía no se dejó engatusar por él —intervino Skane—. En apariencia, el yacimiento de wolframio era riquísimo, pero algo nos hizo sospechar que se trataba de una estafa.

—¿Qué? —preguntó Sybil.

Skane sonrió.

—Su bajo precio, es decir, el que le ponía Shelby. Claro que para él un millón de dólares representaba una fortuna, pero si la veta

hubiese sido todo lo productiva que hacían esperar las muestras, habría podido pedir cinco o seis veces más, sin la menor dificultad. Por si fuese poco, nunca pudo presentar documentos de propiedad, y en eso los directivos de la compañía son muy exigentes. Nunca tratan con nadie que no pueda demostrar fehacientemente sus derechos sobre las tierras que pretende vender.

—Shelby esperaba que muriese el abuelo y que yo vendería por una fruslería —dijo la joven—. De otro modo, no se comprende.

—En tal caso, habremos de descartar a Dillman y Lands —hore. Todos los crímenes que se cometieron no se les pueden achacar, aunque sí es cierto que se disputaban ferozmente la posesión de lo que ellos creían un riquísimo yacimiento de oro.

—El helicóptero fue enviado por Dillman —dijo Morgan—. En cuanto a Britten, estafó a los dos con sus informes. También le sacó cinco mil dólares a Dillman... y se merecía que le estafasen de esa manera.

—Sargento, ¿comprobaron las huellas del percutor en el cartucho que fue disparado contra Wallenshoff? —preguntó el joven.

—Sí, fue disparado con el mismo fusil... ése con el que nos tiroteó un hombre desesperado.

—¿Desesperado? —se extrañó la chica.

—Shelby había querido montar una oficina por todo lo alto y contrajo muchas deudas. El rancho, con el laboratorio, la pista de aterrizaje, el avión... había montones de hipotecas y sólo hubiera salido adelante si hubiese conseguido la propiedad de estas tierras.

—Pero aunque hubiese muerto yo, mi abuelo...

—Sybil, ¿cuánto habría vivido después de tu muerte? —dijo Fillmore.

La chica asintió.

—Es cierto —murmuró—. Bueno, Kewtie, a partir de ahora, podrás dedicarte tranquilamente a tus huesos de dinosaurio.

—Alternaré ese trabajo con otro mucho más agradable —dijo él maliciosamente, a la vez que pasaba una mano por su cintura.

—Eso me huele a una boda muy próxima —rió Morgan.

—Sí, seguro.

Un extraño sonido se oyó de pronto, interrumpiendo a Fillmore. Todos los presentes volvieron el rostro hacia el lugar de donde

procedía aquel ruido.

Algo empezó a salir por la bocamina, deslizándose en menudos arroyuelos por la pendiente de aquel lado. Sybil abrió la boca y se apretó la cara con ambas manos.

—No, no... oh, Dios mío...

Los ruidos se reprodujeron. De súbito, brotaron grandes cantidades de tierra y piedras, empujadas por un potente chorro de agua que brotaba del seno de la tierra.

En aquel instante, Fillmore recordó la oquedad que había visto en el túnel, junto a unas manchas de humedad. Allí había dejado Shelby sus explosivos.

La deflagración había roto las paredes de la vena de agua, que ahora brotaba incontinentemente, deslizándose hacia el fondo de la hondonada como un torrente para el que no había obstáculos. En pocos minutos, se formó un riachuelo de gran caudal, cuyas aguas corrían velozmente hacia el desfiladero.

Sybil lanzó un grito de alegría y se revolvió en el agua, a la vez que agitaba las manos jubilosamente.

—Ven, Kewtie, ven.

Fillmore se acercó a ella para ayudarla a levantarse, pero Sybil tiró de su mano y le hizo perder el equilibrio. Morgan y Skane rompieron a reír estruendosamente.

—Es lo mejor que te podría haber ocurrido, muchacha —dijo el sargento, cuando ella, cubierta de agua y barro, volvió a la tierra firme.

Entonces, Fillmore recordó un detalle y se acercó a la cabaña. Momentos después, recogía del suelo, frente a la veranda, unos papeles que había visto arrojar a Shelby, cuando intentaba escapar de la Policía.

Shelby había registrado a fondo la cabaña, sin duda, buscando los documentos de propiedad. Estaban allí, pero también había otro documento, que le interesó sobremanera.

Aquella tarde, fue al hospital, con Sybil, para informarle de lo ocurrido. El viejo no pareció sentirse demasiado contento con el descubrimiento de un manantial, que iba a transformar por completo sus tierras.

—Vaya, parece que no te hace muy feliz —observó la chica.

Glendale contestó con un bufido. Sybil insistió:

—Tú sabías que había agua allí. ¿Ordenaste practicar un sondeo, abuelo?

—Lo hizo un amigo mío, que vive en Oregón. Le pedí que no lo divulgase —contestó el anciano de mal talante.

—Usted quería que le confirmase si el yacimiento de oro era o no rentable —adivinó Fillmore.

—Sí, estaba un poco harto ya y llegué a pensar que empezaba a perder facultades. Bueno, eso, ¿qué diablos importa ya? Sybil, ¿te vas a casar con este chico?

—Sí, abuelo.

—¿Qué dices tú, Kewtie?

—Sybil será la madre de sus biznietos —contestó Fillmore muy serio.

—Felicidades a los dos —dijo Glendale—. Y no perdáis tiempo; aquí dan las licencias rápidamente y podéis traer al pastor a este cuarto. No me gustaría perderme la ceremonia.

—Está bien, abuelo —sonrió ella—. ¿Qué te parece, Kewtie?

—A mi familia le gustaría asistir. Son un poco estirados, pero buena gente en el fondo.

—¡Eh! —dijo Glendale—. Ahora que lo recuerdo, ¿eres de los Fillmore-Graham, de Charleston, Carolina del Sur?

—Sí, en efecto.

—Tu abuelo me enseñó a mí los rudimentos del oficio, hace ya más de cincuenta años. El sí topó con un buen filón y luego se volvió a su tierra natal. Ahora, tu familia anda con ferrocarriles, navieras y tonterías así, ¿verdad?

—Yo me dedico a la Paleontología —sonrió el joven.

—Eres un chiflado, pero me gusta saber que tienes algo que ver con un gran amigo. Tu abuelo sí supo prosperar —suspiró Glendale.

Sybil apretó la mano de Fillmore, como dando a entender que la visita había terminado. Pero el joven quería aclarar todavía un enigma.

—Señor Glendale, si sabía que había agua, ¿por qué no lo dijo?

—¿Por qué no lo dije? —rugió el anciano—. Un veterano como yo, que se pasa la vida buscando oro... y que no encuentra más que agua... ¡Ridículo, vergonzoso, inaceptable...!

Fillmore se echó a reír.

—Pues ahora, le guste o no, se convertirá en granjero —vaticinó.

Glendale le tiró una almohada. Sybil se inclinó hacia el lecho y besó al anciano.

—Agua, oro, ¿qué más da? El caso es que te cures, abuelo. ¿Vamos, Kewtie?

Fillmore y la chica salieron juntos. En el pasillo, se abrazaron.

—Yo he encontrado algo más valioso que el agua, el oro y los huesos de dinosaurio, todo junto —dijo él apasionadamente.

FIN